

El Ruedo



2

Pias

ENRIQUE
SEGURA



Un batacazo
(Dibujo de Enrique Segura.)



**DE LA CORRIDA DEL MONTEPIO DE TOREROS
EL ESTUDIANTE, ARRUZA Y LUIS MIGUEL DOMINGUIN**



Arriba: El Estudiante al comenzar la faena de su segundo.—Abajo: Luis Miguel Dominguin dispuesto para dar la larga cambiada a la salida de toriles a su segundo toro

Arriba: Arruza en un pase de pecho durante la faena a su primero.—Abajo: Los tres matadores sacados en hombros por el público (Apuntes de Roberto Domingo)



GRANDIOSO HOMENAJE A

El Ruedo

en próximo número extraordinario

COMPLEMENTO ARTISTICO

Tres toreros:



ARMILLITA



ORTEGA



Luis Miguel DOMINGUÍN



UN CRITICO DE PRENSA:
"Clarito"



UN CRITICO DE RADIO:
"Curro Meloja"



UN NOVILLERO:
Rafael Llorente



UN EMPRESARIO:
D. José Alonso Gudiña



UN REJONEADOR:
D. Álvaro Domecq



UN GANADERO:
Duque de Pino Hermoso



UN BANDERILLERO:
Joaquín Manzanares NELLA



Pastora Soler
Estrella de la Canción Española



Laura Miranda
Estrella de la Canción Brasileña



Niño de Marchena
"AS" DE ASSES DEL CANTE



Intervención de la
GRAN ORQUESTA de RADIO MADRID
bajo la dirección del notable
MAESTRO TEJADA



TODO ELLO PRESENTADO
POR

RAMOS DE CASTRO

COMPONEN EL PROGRAMA
QUE OFRECE A USTEDES EL
JUEVES, DIA 28,
a las tres y cuarto de la tarde por la
Emisora de **RADIO MADRID**

Publicidad **GISBERT** ARENAL, 1



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -- Madrid, 27 de junio de 1945 -- Núm. 55

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



CONTRA todo lo supuesto, lo imaginado y lo recontado en tertulias y corrillos taurinos, ahí tienen ustedes, enfrentados, en la magna corrida de la Asociación de la Prensa a Ortega, Manolete y Arruza. No había, pues, ese veto de cordobés y el mejicano al de Borox, no podía haberlo, y menos aún provocado por ciertas crónicas publicadas en nuestro primer diario «Arriba».

Un crítico dejaría de serlo desde el momento en que no pudiese ejercer libremente su función, exponiendo de unos y de otros su criterio,

todo lo personal que se quiera, pero honesto, inspirado en los mejores deseos para dar rumbo y rango a la fiesta; no deben importarle nada, aunque los respete todos, los intereses de diestros, ganaderos o empresarios. Le importa, en cambio, y mucho, la fiesta de los toros, sobre la que discurre con serenidad, con gusto de aficionado, y procura siempre llevar sus conversaciones y sus escritos por delimitados cauces de estricta justicia, con la fundamental preocupación de que la fiesta brille y suba.

R. Candevila, pues — que es el crítico a que nos referimos — no ha sido causa de la supuesta incompatibilidad, como ha quedado clarísimo, gracias al espléndido cartel organizado por la Asociación de la Prensa. Entre los tres diestros que lo integran, no existen querellas de ninguna especie: existen, sí, y ello es lógico y conveniente para la fiesta y para los aficionados, rivalidad artística.

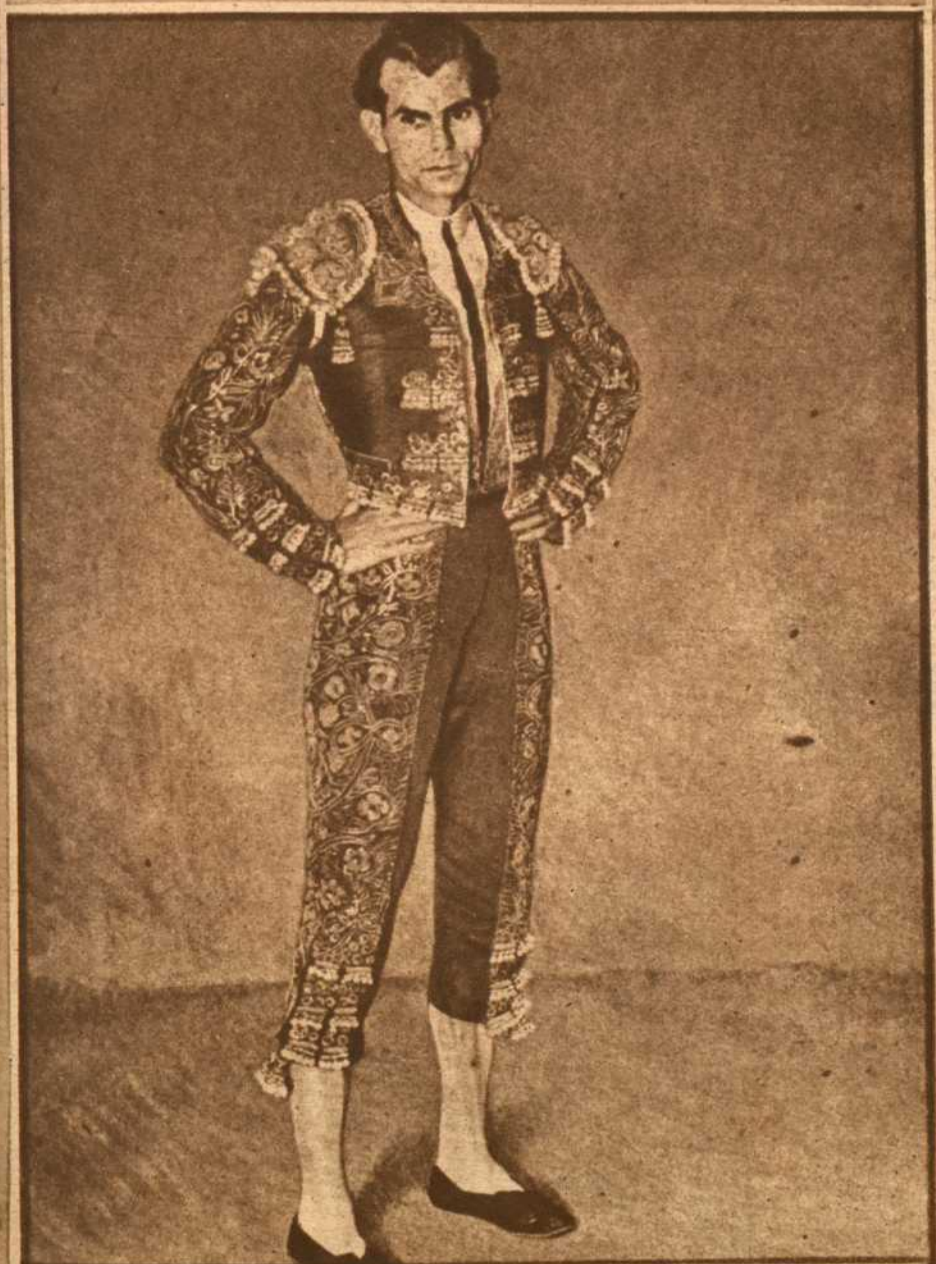
La Directiva de la Asociación de la Prensa, cuyos destinos rige con tanto acierto nuestro camarada José María Alfaro, ha conseguido un cartel que es el más importante de esta temporada en el coso de las Ventas, y lo ha conseguido casi económico, dado el tren fastuoso en que está embarcada la afición desde la primera corrida de este año.

No creo que el público pueda salir por esta vez defraudado. Los toros, de don Anastasio Fernández, de casta Vistahermosa, tienen parte del secreto; pero es de esperar, en cualquier caso, que Domingo Ortega sea el maestro de su propia insuperable maestría; que Manolete mejore la inoivable faena que hizo a aquel Pinto Barreiro, y que Arruza llegue, en sus valerosos arrebatos, no ya a los escalofriantes molinetes de rodillas, y a hablar por teléfono sobre el testuz de su enemigo, sino a tocar esa prodigiosa guitarra que le acompaña en sus ocios.

Los tres estilos de los tres primeros espadas de la torería son tan distintos como personales. Ortega es un clásico, sabio y dominador; Manolete es el forjador de unos modos de torear en tan inverosímiles terrenos, que se bastó él solo, en un momento crítico, para poner en pie a las multitudes, que volvían las espaldas a la fiesta, y casi empezaban a olvidarla, y Arruza, el español nacido en Méjico, que, rompiendo con lo antiguo y lo moderno, improvisa cada tarde su toreo, en temerarios e inauditos alardes de valor.

La corrida de la Prensa tiene, pues, como ninguna de las vistas hasta la fecha, y seguramente como ninguna de las que veremos hasta final de temporada, los máximos alicientes. La Directiva de la Asociación debería obtener una autorización especial, sin que sirviera de precedente, para vender entradas de tejado. Y no por el interés de sacar unos duros más, sino por consolar a algunos de los millares de personas que se quedarán sin ir, contra sus deseos.

Y, para final, una pregunta al señor Presidente de la Asociación: ¿Por qué no se radia esta corrida?

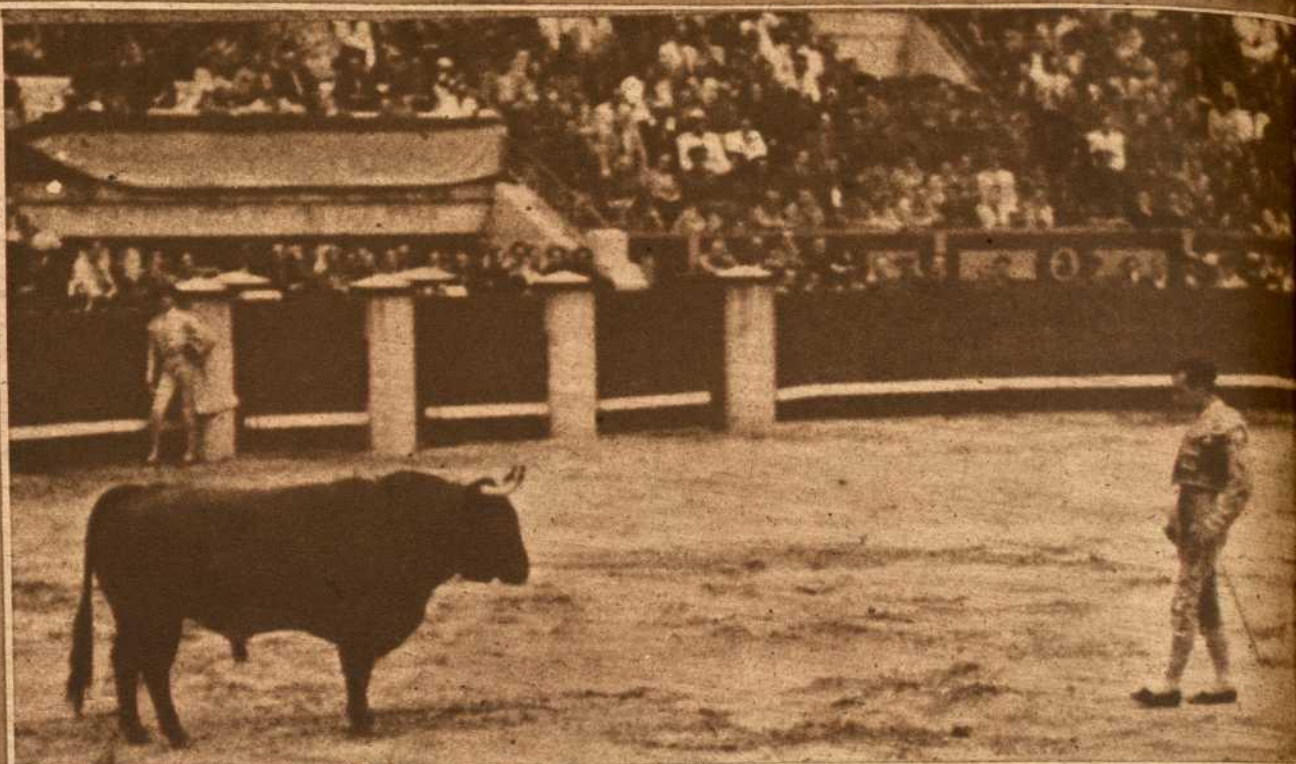


«Domingo Ortega, el torero de Borox», cuadro de Ignacio Zuloaga y última obra del insigne pintor

LA CORRIDA DEL MONTEPIO DE TOREROS



Arruza en un apretado pase de pecho a su primero



El mejicano, que tuvo una gran tarde y cortó tres orejas, citando al toro para poner banderillas



Otro momento de la faena al segundo toro de la tarde



Los tres matadores, Arruza, Luis Miguel Dominguin y El Estudiante, antes de salir al ruedo



Arruza toreando al natural con la izquierda

El Estudiante, que anduvo muy animoso y con grandes deseos de agradar, empezó la faena a su segundo con las dos rodillas en el suelo, continuándola muy ceñido, premiándole a l público con una vuelta al ruedo (Fots. Baldo- mero)



Seis toros de Manuel González para EL ESTUDIANTE, ARRUZA y LUIS MIGUEL DOMINGUIN



Un pase afarolado de El Estudiante en su segundo toro



Luis Miguel Dominguín en un pase en redondo a su segundo



Luis Miguel Dominguín también actuó con gran entusiasmo, dispuesto a dar cuanto lleva de torero, y si no causó mayores faenas fué debido a las condiciones del ganado, que se prestaban a poco lucimiento. He aquí en la foto rematando con media uno de los quites en los que se distinguió

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Primero es la lluvia la protagonista de la corrida. Una rival de la Presidencia. ¿Habrá o no suspensión? Y consiguie lo nunca visto: que la fiesta puntual empiece cinco minutos más tarde.

Los ateneros parecen barrenderos. Y dejan en el piso de la Plaza manchas oscuras que parecen mapas mudos, algo así como esas pieles que se tuestan mal al sol de las piscinas, con deficiencias de pigmentación; con ronchones desiguales.

Hay un bochorno casi tropical y registramos el alegre aleteo de los abanicos en los tendidos.

Cuando llueve, el aire húmedo transmite repiqueteos de timbres telefónicos que no se oyen en las tardes secas, y, en vez de «¡Cerveza y gaseosa!», suena el pregón de «cacahuets y almendras».

Al Estudiante le sale un toro que tiene el cuerno astillado como esos puros a los que se mordisqueó mucho. Pero el torero está valiente y resiste la terrible competencia de Arruza.

Luis Miguel Dominguín se enfada mucho con los peones y, aunque lancea y muletea con fino estilo, tiene la manía de ir a buscar siempre el rabo del toro. Además, sus faenas no son de punto y coma, o de punto seguido, sino de punto y aparte. Muestra unas bonitas cartas para hacer «escalera de color», pero no liga.

«¡Le ha salido un grano al Monstruo!»—dijo alguien en el tendido, viendo al santanderino-vallisoletano nacido en Méjico. Y tenía razón.

«¡El avión, el avión!»—gritan los espectadores cuando Arruza andula ante el toro con los rehiletos y las manos, hacia abajo, como a las plegadas. Y después, ¡qué emoción tan indescriptible la de esa reunión de la vida y la muerte!



La espada de Arruza sonaba en la muleta como un timbal de gloria.

EL PLANETA DE LOS TOROS

UNA CORRIDA VISTA DESDE UN TENDIDO DE SOL

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



Esto de los toros se ha puesto imposible. No creo descubrir nada nuevo. Digo que los toros no son artículo de primera necesidad y que por tanto, el que acuda a ellos lo hace por gusto o afición. Así es que las Empresas pueden fijar a las entradas el precio que estimen conveniente. Y el que quiera picar que pique y el que no, que se queda en casa. Los toreros, ciertos toreros, cobran cantidades bastante creciditas; los ganaderos también. Y en vista de ello, las localidades han subido en proporción. Y hoy ir a presenciar una corrida cuesta un montón de pesetas que no todos los aficionados pueden reunir. Hacen perfectamente bien los toreros, los ganaderos y las Empresas. Mientras la gente llene las Plazas

de Toros, el que se pueda enriquecer, que se enriquezca. Afortunadamente — y de ello doy gracias a Dios todos los días —, en lugar de entristecerme el bien ajeno, me llena de alegría. Por esto, cuando alguien, menos despreocupado que yo, comenta indignado el hecho de que el torero Fulano acaba de redondear diez millones de pesetas, contesto: «Me parece admirable, le felicito, y lo que siento es no poder contribuir de ahora en adelante a que llegue a los veinte millones, porque bien está que él quiera competir con don Juan March, pero no a costa de mi ruina; y como, por otra parte, nadie me obliga a ir a los toros y mucho menos su arte, que me parece harto discutible, las tardes de corrida me dedicaré a leer las reseñas de las faenas de Lagartijo y Frascuelo, añorando los tiempos en los que se podía ver a estos dos colosos por un puñadito de reales.»

Así es que a estas corridas de precios fabulosos no asisto y no me pasa nada; al contrario, estoy más gordo, porque por la novena parte de lo que me hubiera costado un tendido me compro cuarto de kilo de jamón, me lo como a la salud del Fulano y me pongo como nuevo. Si se siguiera mi ejemplo, ya verían ustedes cómo los toreros no se atreverían a pedir doscientas mil pesetas por matar dos toritos de doscientos kilos cada uno. Después de todo, no es mucho, porque sale a dos pesetas el kilo de carne, precio bajísimo. Pero, claro, hay corridas a las que no se puede resistir a la tentación de presenciarlas. Y esto me pasó a mí con una de las celebradas recientemente en Madrid. Empecé a echar cálculos, a hacer números, a contar mi dinero, y resolví gastarme cuarenta pesetas en un tendido de sol. Y allá me fui, perdida la esperanza, que tuve por la mañana temprano, de que amaneciera el día nublado. Pegaba el sol que daba espanto. Cuando me senté en mi asiento, éste, en lugar de piedra, parecía de leña, pero de leña ardiendo en una chimenea. La corrida era de ocho toros; de modo que por lo menos dos horas y media tenía que sufrir los rigores solares. ¡Bueno está — me dije —; todo sea por la picara afición! Y me compré por dos reales un abanico. Yo creí que esto de los abanicos no pasaba de ser un motivo colorinesco para esmaltar de alegría la fiesta; pero pude comprobar que no, que sin abanico no hay forma de ver desde el sol una corrida de toros. Sin abanico, como el sol de frente, no vemos más que sombras que corren, y como los toros abultan tan poco los pobres, pues vemos una sombra imperceptible que corre de aquí para allá, acosada por varios hombres que no parecen hombres, sino rayos de sol desprendidos del cielo. Ya habrán ustedes comprendido que la culpa de esto la tienen los trajes de luces. ¡Qué bonitos son los trajes de luces desde la sombra! Desde el sol ya es otra cosa; desde el sol no hacen más que producirnos chiribitas en los ojos. No me explico cómo los espectadores de la solana se indignan tanto cuando un peón se lleva el toro desde las tablas del 6 a las del 9. Yo, en la tarde de marras, lo estaba deseando, porque un torero, dando esos pases que tanto prodigan los matadores actuales, de girar alrededor del toro como si estuvieran jugando al corro, producen, vistos desde el sol no ya chiribitas, sino una verdadera y peligrosa conjuntivitis. A cada giro de esos tan bonitos surgen destellos que nos hieren la retina como si fueran alfileres. De modo que a torear al 9, aunque caiga un poco lejos. Desde el sol todo es diferente. La sangre del morrillo de los toros se destaca en toda su brillante crueldad, la percibimos manar por el boquete abierto en su carne con la impunidad de la puya resguardada por el peto y la poca fuerza del animalito. Desde el sol la sangre parece enfintar todo el toro, y lo que hace con él el torero se nos antoja menos meritorio y peligroso. Bien es verdad que desde el sol quitamos mucha importancia al torero, porque eso que dicen de que se juegan la vida podrá ser verdad; pero entre sopor, sin moverse, las embestidas de un torito y aguanta, sentado al sol de las cinco de la tarde de un día de junio madrileño, yo no sé lo que representa más riesgo. Y luego que para que cerremos el abanico y juntemos las manos para aplaudir unos lances es necesario que los tales lances sean verdaderamente extraordinarios, cosa que no suele ocurrir con frecuencia.

No sé si la dura necesidad de la afición me jugará otra vez la trastada de llevarme a una filita del 6; puede ser, porque mi afición es mucha y los precios no tienen trazas de iniciar una baja; antes al contrario, como sigamos considerando nunca vistas las cosas que hoy le hacen a los toros estos toreritos, los precios seguirán subiendo; pero si tal sucede, me llevaré, no un abanico, sino un biombo chiquito que tengo en mi casa y que no me servía para nada. Todo antes que tomarme la piel. Si yo fuera torero, a partir del mes de junio todos los toros que me ase los brindaría al sol con estas palabras: «Os ofrezco el sacrificio del toro en agradecimiento al vuestro. Toda la cerveza que bebais corre de mi cuenta.»

EFEMÉRIDES

De miércoles a martes

Por J. HERNANDEZ-PETIT

JUNIO

27

MIERCOLES

Como el agua corriente, que en la actualidad, antes de las diez y media de la noche, abiertos los grifos, sale con verdadera furia y después, poco a poco, se achica hasta convertirse en un hilo y desaparecer al fin, así fue la vida de Valentín, que en realidad se llamó Antonio Olmedo. Si ha habido toreros valientes, él fué uno de ellos. ¡Ya podían echarle toros como catedrales! Al comenzar su profesión andaba en los ruedos entre las reses; como los transeúntes entre los automóviles antes de que el Ayuntamiento inventase esos rótulos de «paso para peatones». Fué cogido quizá más veces que el valiente y simpático Rafaelillo. Al fin, Valentín fué también achicándose y se quedó seco como las cañerías en la noche. Y más seco aun a la hora de su muerte, el día 1 de enero de 1914, de un tiro que le propinaron en una riña.

El 28 de junio de 1908, Machaquito le dió la alternativa en Murcia a Serranito, que con Pepete III formó la pareja novilleril más destacada en 1904 y 1905. Los dos murieron víctimas de su profesión. Serranito en Astorga, el 23 de agosto de 1908, después de entrar a matar cinco veces; descompuesto, quiso rematar a Gordito a la media vuelta; pero, perseguido, tropezó, cayó y por perforación del recto murió en Madrid el 13 de octubre de aquel año.

¿Más tragedias? Allá va la de Carlos Puerto, picador famoso en aquellos tiempos en que lo normal era que se lidiase toros de seis y más años. Puerto Santo — después de sus aclamadas actuaciones con Manuel Domínguez y con el Chliclanero — el año 1852 fué subalterno del Salamanquino. Precisamente con éste, en Puerto de Santa María, el 25 de junio de aquel año, colocó nueve puyas que fueron nueve monumentos escultóricos en lo alto del morrillo de Medialuna, pelo colorado, careto, ojo de perdiz, cornialto y con siete años. Ya había matado seis caballos cuando, por orden del gobernador civil, don Martín Foronda, un monosabio le acreó un palo al caballo que Puerto montaba, ya que Medialuna tardeaba.

Carlos perdió el equilibrio y Medialuna, enganchándole, le sacó de la silla, llevándosele clavado en el cuerno derecho, campaneándole horriblemente y arrojándole, por último, con furia a la arena. Puerto era la estampa del valor: sujetándose con las dos manos los intestinos, entró por su pie en la enfermería. Pero el cuerno, penetrando por la ingle derecha, le había atravesado el cuerpo hasta salir por un costado, después de destrozarle el vientre y romper algunas costillas. Vivió Carlos aún cuatro días, y murió dando pruebas de su fe católica y de su valor españolísimo. ¡Pobre don Martín Foronda! Hasta en sueños oíría de por vida aquellas iracundas amenazas:

— ¡Castigo!, ¡Venganza! ¡Ha sido un crimen!...

El 30 de junio de 1839 nació Manuel Calderón, también del cuadro de honor de los picadores. Querría evitarme escribir que murió de una cornada, que no pudo evitarle Lagartijo. Pero embalado en cogidas y muertes, hasta yo mismo me creo Rascañuf.

Una prueba más: el 1 de junio de 1830 murió Diego Luna. ¿Que quién fué Diego Luna? Pues otro picador de P. P. y doble U. A los cuarenta y dos años, como antes he dicho, se dejó la vida entre las astas de un toro.

Por todas estas razones, yo les aconsejo a los picadores contemporáneos que tengan prudencia... y que no me guarden rencor; y a los registradores de la propiedad, a los taxistas y a los albañiles, que no se metan a picadores.

Y vamos allá, ahora, con Manuel García — igual que el Espartero — y de segundo apellido Reverte. Aunque no fuera más que por estas dos casualidades, el niño tenía que ser mirado con lupa por los buenos aficionados. Como Valentín, Revertito armó algunas sonadas en sus comienzos. Pero una cornada en el vientre y una herencia de un tío suyo acabaron con todo el gas de sus pocos años. Y a los veintitrés hizo la postura de El Pensador mejor que Rodín y con menos gloria, por supuesto.

Y como no siempre voy a dedicar mi comentario a los de a pie o de a caballo de ayer y de hoy, montera en mano voy a dedicar mi recuerdo y mi despedida por esta semana a la vieja Plaza de Toros de la puerta de Alcalá, donde, entre otros, murió Pepe-Ilo. Como es sabido, estuvo situada a la entrada de Claudio Coello de nuestros días. Se inauguró el 3 de julio de 1749. Me parece muy interesante de entre su historial que ella diera origen a la célebre frase «el tendido de los sastres». Entre otras dependencias, le faltaba el patio de caballos, el lugar donde cosían las desgarraduras de los pobrecitos jamelgos. Los curiosos, la gente que no podía entrar, se aglomeraba en aquel lugar. Y de ahí vino la frasecita en cuestión. No es broma; es la fetén.

JULIO

3

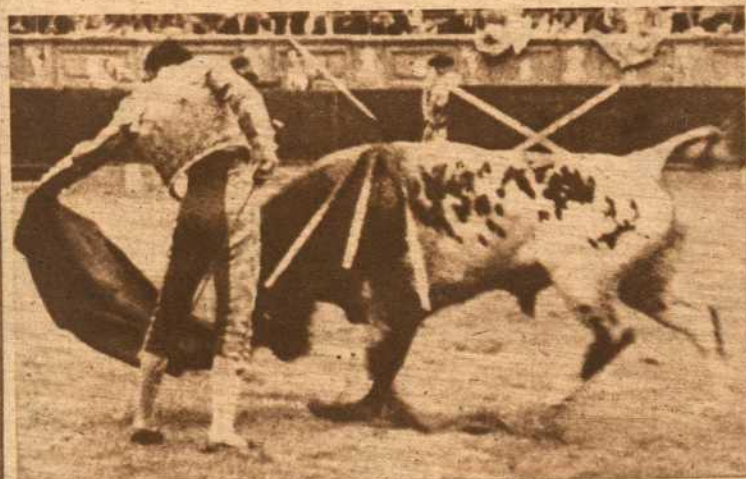
MARTES

CARTEL DE TOLOSA

Toros de José M.^a Soto, para El Estudiante, Fermín Rivera y Julián Marín



Los diestros Julián Marín, Fermín Rivera y El Estudiante, que formaron el cartel de Tolosa



El Estudiante toreando por naturales a su segundo bicho en la corrida del domingo



Fermín Rivera remata con media verónica en el toro del que cortó la oreja

(De nuestro corresponsal)

Con toros de José María Soto, de Sevilla, se celebró en Tolosa, la antigua capital foral, la corrida del día de San Juan. Mucha animación, atraída por los alicientes de un cartel en que había halago para todos los gustos. Y sobre todo los paisanos navairros de Julián Marín, que no va este año a las corridas de San Fermín y que acudieron a Tolosa en grandes caravanas.

Los toros resultaron dos muy buenos y cuatro muy malos. Mansos y broncos.

El Estudiante, que tiene en Guipúzcoa mucho cartel, no pudo consolidarlo. En ambos—mansos—

no pudo hacer nada de capa, ni con la muleta realizó algo sólido. En su segundo, si acaso, un poco de efectismo y la decisión de entrar muy bien, pero con desgracia, a la hora de matar.

Fermín Rivera, muy bien en su primero. Lo toreó a placer y exponiendo como si actuara en una Plaza grande. Banderilleó superiormente y toreó con la muleta sobrio, valiente y artista.

Sonó en su honor la música y cortó la oreja. En el otro toro no licó tanto, aunque se le aplaudiera. Y, sin embargo, aquí le vimos una faena maciza. Era un manso que huía de todo y saltaba la barrera, y a fuerza de darle una lidia de maestro se hizo con él y le toreó para matarle de media estocada sin puntilla.

Julián Marín tropezó con el mejor toro de la tarde. Lo que se llama un toro ideal. Estuvo valiente y suelto con el capote, y con la muleta apareció en la Plaza un gran torero. Lo hizo todo y todo lo hizo bien.

Las dos orejas, el rabo y las dos vueltas que dió al ruedo, fueron bien merecidas. En el otro hubo más movimiento y mayor barullo.

Lo mató de un bajonazo; pero el efecto fué tan rápido y los paisanos que había en la plaza tan numerosos, que le dieron la oreja y le sacaron en hombros.

ANTIGÜEDAD



Julián Marín en el primer toro, iniciando la faena de muleta con un muletazo por alto. En éste logró un triunfo el torero navarro. (Fotos Marín)

XEREZ-QUINA

EL APERTIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO




VALDESPINO

JEREZ

La corrida del domingo en MADRID



OCHO NOVILLOS DE CLAUDIO MOURA, PARA MACHAQUITO, MANUEL NAVARRO, CHICUELO DE MEJICO Y TACHO CAMPOS

LA SEMANA EN LAS VENTAS

UNAS CONCLUSIONES

Por EL CACHETERO

EN la semana tenemos que apelar al domingo y al lunes para decir que en la Plaza de Madrid hubo algo más que el calor sofocante que se cernió en la semana sobre la capital. La semana fué en blanco taurino hasta el domingo, en que se sirvió una novillada mal pensada, por lo arriesgado que era meter a tres debutantes con el aun no repuesto Machaquito ante ganado de Moura, que esta vez no fué tanto del "Moura, no" como del "Moura, pscht". Vieron, sobre una longitud interminable del festejo, a quedar claras algunas cosas que Machaquito, efectivamente, aún guarda a la sombra de su gravísima cogida, que a no ser por la razón comercial de explotar una falta de referencias, no se ve la de que, escasas las novilladas en estos tiempos, cubran puestos unos mejicanos muy flojos, y de la falta que está haciendo una Plaza de antepuertas para granar lo que llega a la grande, en beneficio de las dos. El domingo, el único que demostró grado y medida fué el debutante Manuel Navarro, que por lo que se vió si está para Madrid y aun para concebir esperanzas, si la temprana cornada no le quita el empuje que le dió la oreja y el aplauso público.

Y queda el lunes del Montepío para hacer unas consideraciones de tipo mayor. Una, la de que el cartel fué un buen cartel, sin hipertrofias, que es lo que acabará matando a la larga los cardules. Bien calculada la dosis de veterania con la de fenomenalidad y la de interés juvenil. Luego, el cartel podía decirse que, ello aparca, se hizo sólo bajo el denominador común de la generosidad y este rasgo, que es muy buen rasgo torero —la torería bien entendida no empieza y acaba en el ruedo—, sonó aún mejor en estos días en que casi estaba caliente aun el cadáver del pobre diestro Moreno de San Bernardo.

A mí, el que sobre esto, o sobre la cornada del debutante Manuel Navarro, o sobre las malaventuras de los miles que empiezan por esos ruedos de Dios, pueda guardarse una actitud comercial, me parece sencillamente monstruoso.

Por eso, cuando al final de la del Montepío, con la gran actuación de Arruza y la muy decorosa de El Estudiante y Luis Miguel Dominguín, se los llevaban en hombros, honor que, en puridad, correspondía íntegro al primero y a medias al segundo, me pareció muy bien, porque, en realidad, no pueden verse las cosas siempre bajo el mismo prisma hipercrítico. Y el que ayer, más que a hombros de los entusiastas, salieron a hombros de su propia generosidad, era lo justo y lo que se les debía. Y a cada uno lo suyo.

Arruza tuvo un gran triunfo. Arruza es —Armillita con arrestos, y mi frialdad aparte— de lo mejor que desde Gaona aquí ha mandado Méjico. Un gran torero, muy a la española. Y que por ello se explica su distinta cotización aquí y allá. Todo es muy lógico y no hay espejismo que valga. Allí gusta un toro a la mejicana, que es la traducción trágica y emocional de un Cagancho, diestro de gran aceptación mejicana, por ejemplo. Híratismo, mucha trágica, pes juntos y torea sobre la derecha. El arte flexible largo, el gante, de Arruza, con su cara sonriente, no azteca, se recoge mejor aquí, en donde tiene más precedentes.

Y ésta es la última conclusión de hoy. Y por ahora la de esta firma, a quien asuntos privados de su interés le retiran por una breve temporada de la presencia de las Ventas.

Hasta la vista, amigos. Que ustedes se diviertan, y Dios con todos.



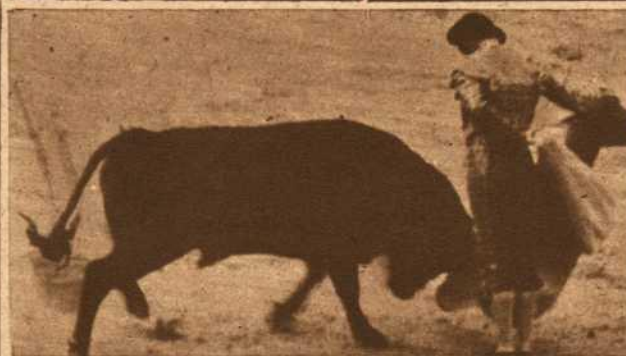
Un pase por alto de Navarro



Manolo Navarro es retirado del ruedo por las asistencias



Un lanceo de Chicuelo



Tacho Campos toreando de frente por detrás



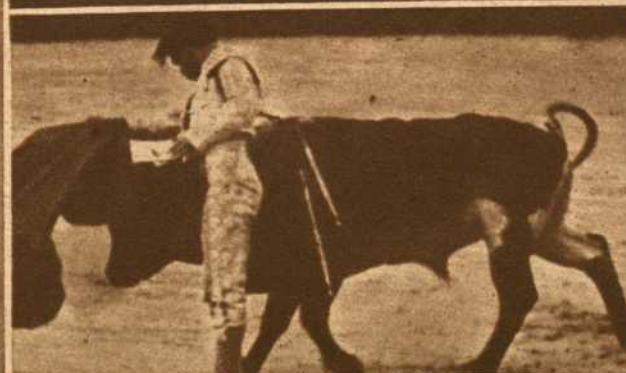
Machaquito, al matar a su primer toro



Rafael González rematando un quite en su primero



Manolo Navarro en la faena de muleta al toro del que cortó la oreja. Abajo: Tacho torea de muleta (Fots Baldomero)



Abajo: Chicuelo en un pase por alto



DESPUES DE LA CORRIDA

La indisposición de Machaquito.—Al entrar en la enfermería Manolo Navarro sólo iba preocupado por no poder presenciar la muerte de su enemigo.—“No pierdo la fe de mejorar mi primera actuación”—dijo Chicuelo.—“A falta de entrenamiento se debe esta deslucida actuación”—afirmó Tacho Campos

MACHAQUITO

Según rozaba el parte facultativo, el primer espada de la tarde tuvo que ser asistido de una intensa lipotimia. Por referencias recogidas en la enfermería, cuando Rafael González, ya repuesto del mareo, se disponía a volver al ruedo, volvió a perder el sentido, y ante aquella acentuada merma de facultades, los médicos hubieron de aconsejarle se retirara a su domicilio.

Pese al tiempo transcurrido desde la tarde en que el torero madrileño sufrió su gravísimo percance, no ha podido reponer del todo las energías perdidas, y hasta tanto esta total recuperación no se produzca, Machaquito hará muy mal en volver a vestirse el traje de luces.

NAVARRO

Cuando entre peones y asistencias Manolo era llevado al equipo quirúrgico de la Plaza, en los tendidos y graderíos quedaba la penosa impresión producida por la cogida tan aparatosa como emocionante.

Abandonando a toda prisa mi localidad, llegué a la enfermería cuando don Luis Jiménez Guinea y sus ayudantes se disponían a intervenir. No menos de treinta minutos duró la operación médica. La brecha abierta en el muslo del torero llegaba hasta la femoral, siendo verdaderamente milagroso no haberse producido su rotura.

Desde la mesa de operaciones fué trasladado el infortunado diestro a una de las camas de la enfermería en espera de la ambulancia que había de trasladarlo al Sanatorio.

A la vera del herido se hallaban su padre, don José Alonso Orduña, y algunos elementos de la cuadrilla.

Manolo Navarro, muy animoso al verse rodeado de caras amigas, excitado, llevado, sin duda, de una idea obsesiva:

—Ha muerto el toro de mi estocada?

—Sí. Y el público ha vuelto a ovacionarte al doblar tu enemigo—le responden.

—Era un novillo sin peligró, carente de fuerza. ¡La que yo hubiera armado esta tarde! Pero desde hace diez meses no había vuelto a coger un capote.

—Entra el capellán de la Plaza y bromea con el herido, dándole ánimos.

Parrilla, repuesto de su última cogida, se acerca a interesarse por el estado de su amigo.

—Esto te ha pasado—explica—por acercarte al matar cuando ya le habías entrado por derecho.

—El público estaba muy bondadoso conmigo y yo sólo deseaba cuajar una buena tarde. Después de tanto tiempo sin torear, esta desgracia me obligará a empezar de nuevo.

—El público no lo entiende así, pues te has portado como un torero sereno y enterado—le contesta el gerente de la Empresa taurina.

El doctor Guinea nos recuerda la prohibición de hablarle al herido, aun cuando éste demuestre evidentes ganas de conversar. Y para entretener la espera, pide le dejen fumar un cigarrillo, a lo que accede el médico.

Victor Portal, experto cachetero de la Plaza y mentor y consejero de Nano o Navarro, me habla de la gran ilusión con que hoy salió éste a torear en Madrid.

Navarro, que, aunque nacido en Albacete, fué en la tática de plata donde se hizo torero, empezó a actuar hace dos temporadas. Intervino en seis corridas, cortando orejas en cinco.

Este año toreó una en Zaragoza, y en todas tuvo que luchar con ganado duro y difícil.

Llega la ambulancia y al despedirme del torero, éste lo hace, diciéndome:



La estocada de Machaquito



Manolo Navarro en la faena de su primero



Cogida de Manolo Navarro

—No olvide poner en su cronica que tan pronto este establecido pienso demostrar mi gratitud a la afición madrileña de la mejor manera que un torero puede hacer cortando orejas.

CHICUELO

Encuentro al mejicano cuando se dispone a dar buena cuenta de las viandas puestas a su alcance. Está acostado, y Pepe Alcántara le hace compañía.

—Salí con muchos deseos; pero pronto me agotaron los novillos y el calor, además del esfuerzo realizado al tener que despachar tres novillos. La corrida, en conjunto, por su mansedumbre, no fué propicia para hacer el toro. No pierdo la fe de mejorar esta actuación primera.

TACHO CAMPOS

Por manifestaciones de varios toreros mejicanos resultó que Anastasio Campos gusta en su país de tanto auge como un Eduar-

do Lizeaga, o un Ricardo Baldeasa, considerados como los mejores novilleros del país azteca. Aquí, hoy, no respondió Tacho a estos lisonjeros juicios, y al concluir su cometido no pudo ocultar la contrariedad que le dominaba.

—Por mi falta de entrenamiento con ganado español—de más casta y dureza que el mejicano—he quedado deslucido, como todos habrán visto. Otra debiera haber sido mi actuación; pero no estoy desesperado, pues sé que puedo dar mucho más de mí tan pronto esté más placeado. Y para borrar este precario debut, saldré de nuevo en Madrid dispuesto a triunfar en toda la línea, aun cuando para ello tuviera que acabar en la enfermería.

F. MENDO

EL DINERO DE LOS TOREROS

Más de dieciséis mil pesetas cuesta el equipo de un matador

Por BARICO



Lo que cobran los toreros y lo que ganan los toreros. Naturalmente, siempre, y en todas las profesiones, hay que establecer una distinción entre lo que se cobra y lo que se gana. Por lo general, no se gana nada, porque lo que se cobra no basta para cubrir todas las necesidades del que ha percibido un sueldo a cambio de su trabajo. Se cree que los toreros son los únicos seres que ganan canti-

dades apreciables. Es cierto que algunos toreros—muy pocos—se enriquecen rápidamente; pero la mayoría de los conocidos no logran grandes beneficios. Fijémosnos, por ejemplo, en los gastos que ha de hacer un novillero de primera categoría o un matador de toros de los que no han logrado alcanzar un puesto privilegiado y veremos que los beneficios logrados son pequeños. Imaginemos que un novillero puntero va a torear en Valencia.

El traje de luces, que sirve para torear, por término medio, cinco corridas, cuesta cinco mil pesetas. Un juego de tres espadas y estoque de doscabellar, dos mil.

El esportón de cuero cuesta mil pesetas. La montera vale quinientas.

Zapatillas y medias, cien pesetas. Una camisa, ciento veinticinco pesetas.

La pañoleta y la faja, cuarenta pesetas. El capote de paseo, de mil a cinco mil pesetas.

Un capote de seda, de brega, ochocientos pesetas, y dos de brega, corrientes, seiscientos pesetas.

Tres muletas, doscientas cincuenta pesetas cada una. O sea, que el equipo que un novillero de primera categoría lleva para torear vale más de dieciséis mil pesetas. Suponiendo que todo esto le basta para tomar parte en diez corridas, en cada una tiene un gasto de mil seiscientos pesetas. A esto hay que añadir los gastos del viaje y de las cuadrillas, que vamos a detallar.

Transporte del equipaje a la estación, ida y vuelta, doscientas veintiocho pesetas.

Viajes del matador y la cuadrilla, ida y vuelta, mil cuatrocientas pesetas.

Hotel, por un solo día, cuatrocientas.

Sueldos de la cuadrilla, dos mil setenta y cinco.

Localidades y obsequios, mil.

Sumadas estas cantidades, dan un total de cinco mil ciento tres pesetas, a las que hay que agregar las mil seiscientas de gastos de equipo. O sea, que para que un novillero pueda actuar en Valencia, ha de hacer un gasto de seis mil setecientas tres pesetas.

Yo no sé lo que cobran los novilleros en las Plazas de provincias; pero calculo que no es cosa fácil que uno de estos mozos consiga grandes beneficios.

Conste que hemos anotado los gastos verdaderamente imprescindibles y pasamos por alto otros, muy necesarios, que, por lo general, se hacen, y hemos dado voluntariamente al olvido algunos más, de todos conocidos, como son los de apoderado, telegramas y propaganda.

Resulta de todo esto que a poco que el apoderado del diestro fuerce la propaganda, el matador de novillos bien colocado, y con méritos para tomar la alternativa, ha de cobrar cantidades fuertes—que cuando son conocidas producen escándalo—si no quiere verse envuelto por una teoría de deudas que harán inútil todos sus esfuerzos.

Hemos hablado del caso de un novillero puntero. Los otros, los que torear pocas corridas y a bajos precios, no consiguen nunca el más pequeño provecho económico. Han de contar con la desinteresada ayuda de algún amigo que crea en sus méritos para poder torear. Simplemente o rear. Si hubieran de pagar todos los gastos de su bolsillo, se entraparían para toda la vida, a no ser que dispusieran de medios económicos logrados por otro estilo. Pero este caso del hombre rico que quiere ser torero se da muy pocas veces y cuando se da es difícil el logro. La gloria, en el toro, tiene muy caro precio y ha de pagarse siempre en sangre.

Pero por lo común sólo paramos atención en lo que oímos de los ocho o diez matadores que por cada actuación cobran una cantidad astronómica y olvidamos a esos otros que no tuvieron suerte y han de actuar por lo que se les quiera dar. Son, naturalmente, los más los que se juegan la vida para, al hacer el resumen económico de una actuación, sacar en consecuencia que han ganado mil o dos mil pesetas, o no han ganado nada.

Se habla mucho del dinero de los toreros y la verdad es que sólo puede haberse del dinero de algunos toreros.



CHARLA PARA EL RUEDO

ARMILLITA habla de su gran amor a España

«Encuentro el toreo de ahora completamente distinto al de mi primera época»

Por FRANCISCO MONTERO GALVACHE

nativa de las manos fraternas de Juan, otro Armillita de esta fina estirpe torera que tiene en Méjico su tierra de florecimiento. Fermin Espinosa estuvo, desde aquella primavera del año 28, íntimamente ligado a España y conoció el vitor y el homenaje rendido y caluroso de todas las Plazas españolas. El año 36 se abrió un paréntesis, y ahora vuelve a nosotros, cargado de recuerdos. Era su tenaz obsesión: volver a España. Recibir otra vez el calor y el aplauso de nuestros públicos. Cuando le hemos preguntado sobre estos recuerdos, nos dice:

—No puedo explicarle cómo deseaba esta vuelta a España. Yo siempre me he considerado como uno más entre ustedes. Cuando sufrí, en Méjico, la cornada que puso en peligro el ejercicio de mi profesión, creí enloquecer. Cuando empiezan a pesar y a doler los años, se siente una tristeza indecible de alejarse de los ruedos. Y más aun sin haber toreado otra vez en España...

Armillita nos ha descubierto algo que supone una simpática y efusiva noticia.

—Yo estuve en Sevilla el año 39, recién terminada vuestra Guerra de Liberación. Visité a Queipo de Llano, con un gran amigo mío, don Agustín García Mier. Me ofrecí a torear para el Movimiento las corridas que fuesen precisas. Aquello no cuajó y hube de irme con tristeza a Méjico. Ahora...

¿Cómo ve el torero la vida española de este tiempo? ¿Qué impresión le ha hecho el resurgimiento de la Fiesta? Fermin nos habla pausadamente, con el corazón lleno de alegría:

—Encuentro el toreo completamente distinto. No quiero establecer comparaciones entre el tiempo anterior al año 36 y esta nueva etapa que ahora vivimos. Ha cambiado radicalmente. Pero ha cambiado en todo. Se torea con otro estilo más depurado, distinto... Las primeras figuras de hoy han llegado a una madurez magnífica, y se torea con una gran conciencia del arte y de la emoción.

La esposa de Armillita dice que ahora está visitando detenidamente muchas ciudades españolas que sólo pudo conocer de paso el año 39.

—La vida de Sevilla me recuerda mucho a Méjico —nos dice.

Y nos cuenta que hay un día en la vida de Méjico —el 8 de diciembre, fiesta de la Purísima— totalmente idéntico al ambiente español, y, sobre todo, sevillano. Se celebra en la iglesia de

Santo Domingo, de Méjico, una misa solemnísima, a la que asiste toda la colonia española, con mantilla y peineta.

—Esta misma luz y este ambiente de gracia, de color y de júbilo es el que tiene Méjico en todas sus fiestas.

La esposa del torero evoca a sus hijos. Una pareja aguarda, impaciente, el regreso de los padres.

—Mi hijo —aclara Armillita— quiere ya venir a España para ver cómo son las corridas aquí. Tiene seis años. Es pronto, ¿verdad?

La mujer del famoso diestro cree —sin vacilación— que el peor momento de la vida de un torero no lo pasa el torero, sino la esposa en el cuarto del hotel.

—Imagínese usted. Yo no sabía la costumbre vuestra de que algún amigo o conocido llame por teléfono mientras se celebra la corrida para ir dando noticias de cómo resulta. Hace unas tardes rozaba yo —no puede usted imaginarse con qué emoción—, y sonó el teléfono. No me atrevía a descolgar el auricular. Se me llenó la imaginación de tragedia. Además, el el amigo que llamaba no podía hablar —por lo visto era del entusiasmo—, y sólo dejaba escapar palabras sueltas. Al fin, me dijo que si las orejas y la vuelta al ruedo y, en fin, todo lo que ustedes ya vieron... Y descansé. El lucha en medio del riesgo, y se enardece y triunfa. Porque yo —exclama esta delicadísima y exquisita mejicana— no puedo admitir —claro está— más que esta idea: la del triunfo. Pero una se queda, en silencio, pendiente del reloj, de los recuerdos, de los hijos... Ya le digo que esta lucha sorda es lo más difícil de la vida de un torero.

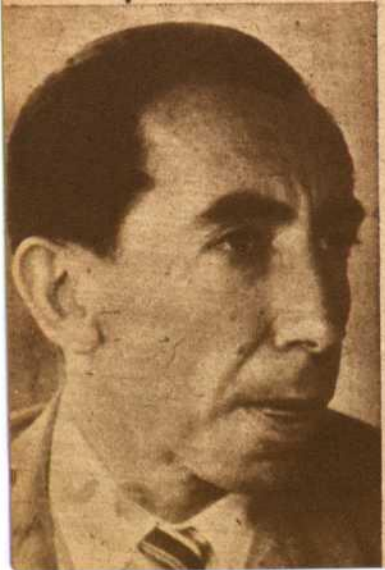
Recordamos viejas ferias. Aquellos años del 28 al 35, cuando cruzaban sobre los ruedos figuras que ya hoy son sombras esfumadas. Unos en la muerte. Otros en el olvido y el anónimo. Muchos de ellos, por el contrario, figuras señeras que aun sostienen, desde el retiro o desde una madurez todavía en activo, el airoso pabellón de un nombre o una escuela: Félix Rodríguez, Mariano el Exquisito —con su inolvidable lancear de capa—; Chicuelo, el torero de la gracia que permanece intangible...

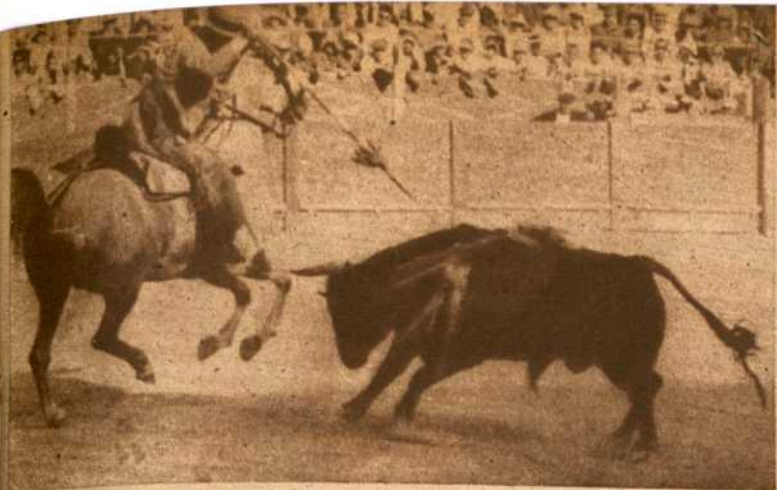
—Era otro tiempo —exclama Fermin Espinosa—. Esos años no se olvidan. Mi alegría de conocer por dentro a España nació en aquellos años. Dieciocho años. Un mundo lleno de promesas...

Armillita quiere a España, sobre todo, en el espíritu de dos ciudades: Madrid y Sevilla.



El torero mejicano, con su esposa, durante su estancia en Sevilla





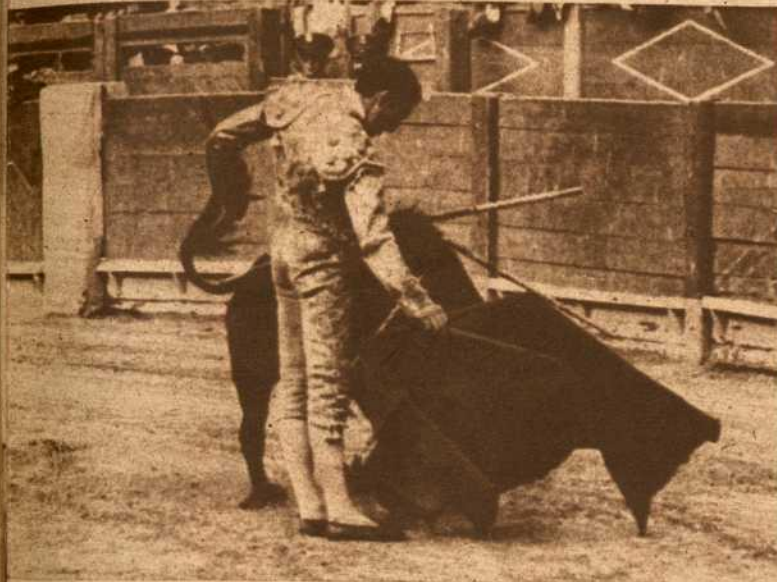
Alvaro Domecq clavando un rejón a su toro



Domecq, que echó pie a tierra, toreando por bajo con la derecha

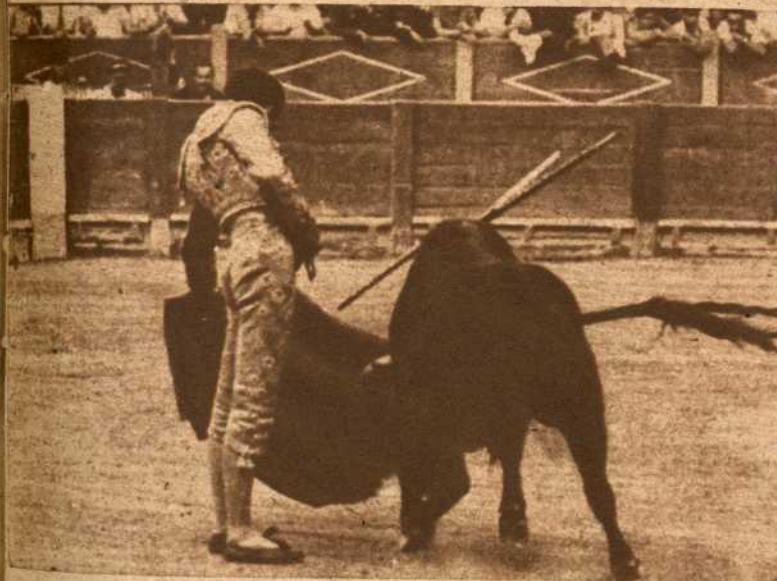


El jinete jerezano da la vuelta al ruedo con los trofeos que se le otorgaron

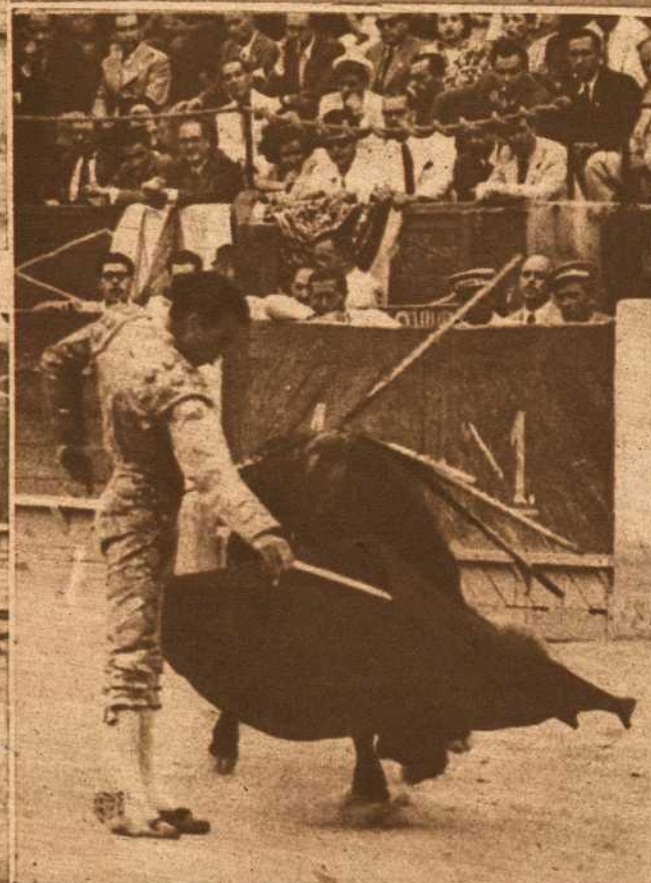


Manoleta en un pase en redondo

**EL DOMINGO, EN ALICANTE
TOROS DEL CONDE DE LA CORTE
Triunfo de DOMEQ, MANOLETE, ARRUZA Y ELCHONI**



El cordobés toreando al natural



El Choni toreando en redondo en la faena de muleta



Un magnífico par del mejicano Arruza

Arruza contempla la muerte de su toro

Un pequeño admirador del mejicano salta al ruedo y le ofrece una botella como premio a su labor (Fotos Mari)



JOSELITO

CONTINUACION DEL CAPITULO VI

No pudo Joselito recibir lecciones directas de su padre, que se fué de este mundo cuando su retoño tenía apenas veintiséis meses; pero sintió el influjo del ambiente de su casa y de las tertulias de sus hermanos que, toreando, sostenían a la familia, y como la afición al toreo se propaga por contagio, y Joselito fué altivo y pundonoroso, desde que tuvo uso de razón no quiso de ninguna manera ser menos que sus hermanos.

No hubo, pues, modo de oponerse a la propuesta del primer empresario bien-

avisado que vivió en el niño torero un filón. Además, su buena fama de «entendido en toros» ya la tenía ganada en tientas, herraderos, capeas y faenas de acoso y derribo, y los vaticinios, con garantías de seguridad, de los más famosos ganaderos andaluces, Domecq, Anastasio Martín, Moreno Santamaría y, principalmente, Eduardo Miura y Felipe de Pablo Romero, en quienes la admiración adivina se había convertido en cariño, decidieron a sus hermanos Rafael y Fernando a plegarse ante el Destino del pequeño José. Y allá se fué el hombrerito, un Domingo de Resurrección —que para él fué de nacimiento—, a la Plaza de Jerez de la Frontera, a alternar en una becerrada con José Puerta, Pepete, y José Garrate, Limeño, que tenían sus mismos años o algunos más. Del primero no se ha vuelto a saber; pasó como un relámpago de poco brillo y se hundió en la sombra. El segundo fué durante unos años compañero de José en la cuadrilla de Niños Sevillanos, y aun después, alternando en corridas de toros, y era un buen torero, y compitió decorosamente con él al principio, y perdió luego cartel, y perdió, al fin, la vida prematuramente en las astas de un toro.



Joselito toreando por naturales con la izquierda

avisado que vivió en el niño torero un filón. Además, su buena fama de «entendido en toros» ya la tenía ganada en tientas, herraderos, capeas y faenas de acoso y derribo, y los vaticinios, con garantías de seguridad, de los más famosos ganaderos andaluces, Domecq, Anastasio Martín, Moreno Santamaría y, principalmente, Eduardo Miura y Felipe de Pablo Romero, en quienes la admiración adivina se había convertido en cariño, decidieron a sus hermanos Rafael y Fernando a plegarse ante el Destino del pequeño José. Y allá se fué el hombrerito, un Domingo de Resurrección —que para él fué de nacimiento—, a la Plaza de Jerez de la Frontera, a alternar en una becerrada con José Puerta, Pepete, y José Garrate, Limeño, que tenían sus mismos años o algunos más. Del primero no se ha vuelto a saber; pasó como un relámpago de poco brillo y se hundió en la sombra. El segundo fué durante unos años compañero de José en la cuadrilla de Niños Sevillanos, y aun después, alternando en corridas de toros, y era un buen torero, y compitió decorosamente con él al principio, y perdió luego cartel, y perdió, al fin, la vida prematuramente en las astas de un toro.

Como pormenor para la historia, apuntaremos que los seis becerros corridos aquel día en Jerez eran de don Cayetano de la Riva, y Joselito no pudo matar más que uno, porque el público en masa se opuso a que matara su segundo, que era demasiado crecido y poderoso. Joselito lloró encorajinado por la prohibición, y claro está que lloró con lágrimas de hombre. A su primero, que, según cuentan, pesó en canal más de ciento veinte kilos, y era bravo y pronto, le toreó de capa muy bien, levantando los brazos, como se estilaba entonces, y remató de rodillas la serie de lances, y le puso dos pares de banderillas al quiebro, con gran limpleza. Brindó la muerte del becerro al señor Domecq, y como no podía con el estoque y no había otro ninguno de madera, para simular, lo trasteó con la muleta sin ayuda ni sostén que agrandase el engaño, y sólo con la mano izquierda —de su debilidad hizo

virtud— y luego, cuantas veces le cuadró el bichejo, y no le dió tiempo más que a tres veces, requirió el acero y lo mató de dos pinchazos, bien señalados, y media, un poquito delantera, pero tan derecha, que cayó el animalito sin puntilla. A la ovación estruendosa agregó el brindado cinco duros en plata, y Joselito no los rechazó, porque ya no eran limosna, sino, como dijo siempre después, «el primer dinero ganado con

los toros».

«Y ya tenemos a Periquito hecho fraile!»

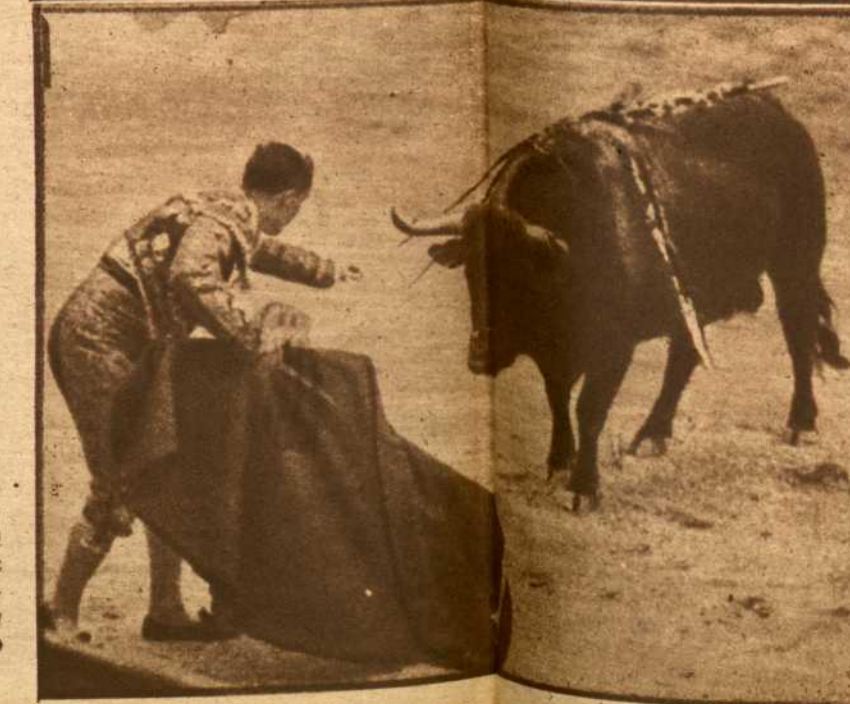
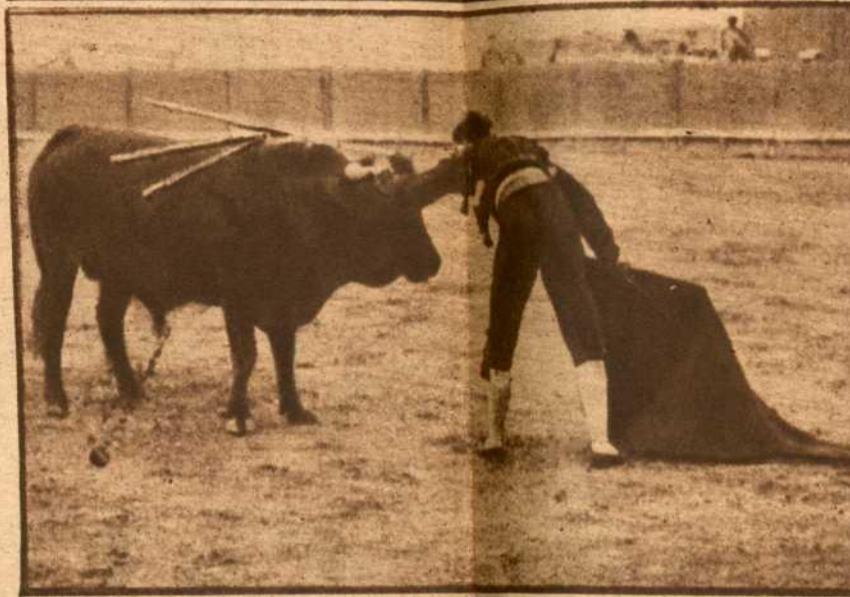
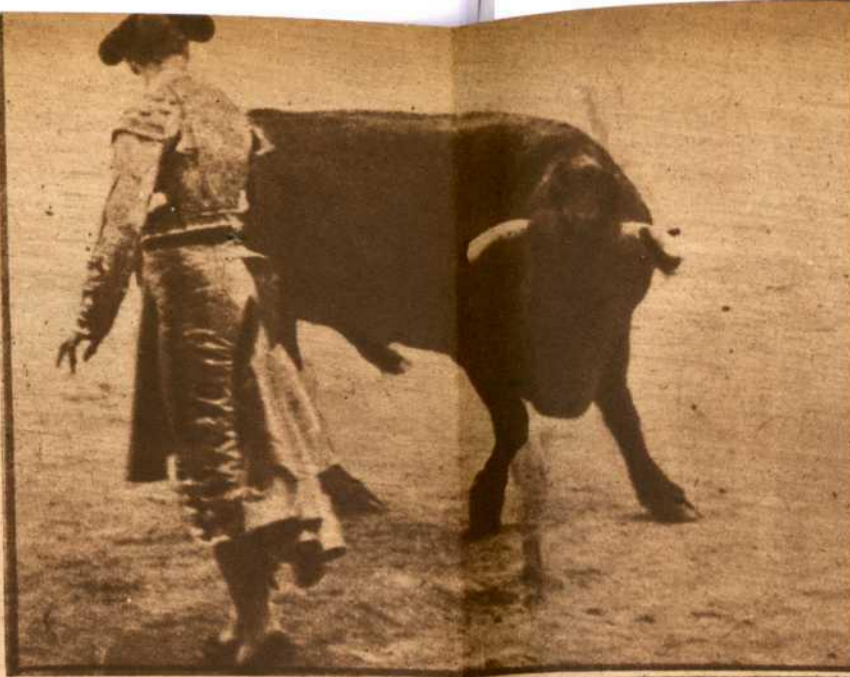
La muletilla que para remate acabo de recordar me trae también a la memoria una copla que en el barrio de la Alfalfa, de Sevilla, se cantaba, precisamente por sevillanas, hace ya medio siglo, y que una notable toradillera de nuestros días ha resucitado con gran aplauso. Decía así:

«Al hijo del Espartero
le quieren meter a fraile,
y la cuadrilla le dice:
torero como tu padre.»

Torero como su padre y su tío y sus hermanos y sus primos, había de ser Joselito, y el Destino mandaba y ayudaba.

Inmediatamente, en cuanto volvió de Lisboa a Sevilla, un señor, llamado Juan Martínez, organizó con los mismos matadores una excursión para cuatro becerradas en Portugal. Pevete, acaso porque no tenía el pobre dedos para organista, y Limeño y Gallito Chico, así se apodaba entonces José, quedaron en tierra lusitana para torear las otras tres.

El sueldo de los matadores era de diez reales por corrida, más una peseta para tabaco, que al principio le fué negada a José, puesto que no fumaba. Mas él la exigió energicamente, diciendo: «No fumo; pero me la guardo.» Y no hubo más remedio que ceder, porque el muchachito fruncía el entrecejo sobre los ojos relumbrantes, y se ponía amarillo, y era formal y tozudo. Hay que convenir en que si los honorarios eran deshonrosos para el empresario y mezquinos para los diestros, la proporción entre lo que percibían los matadores y los banderilleros estaba hecha con mejor sentido que se hizo nunca, y menos en nuestros días, pues que los subalternos cobraban dos pesetas con el mismo derecho a fumar que sus jefes, y la diferencia de haberes, con ser tan grandes la de su responsabilidad y peligro, sólo



Apuntes para una biografía

Por FELIPE SASSONE

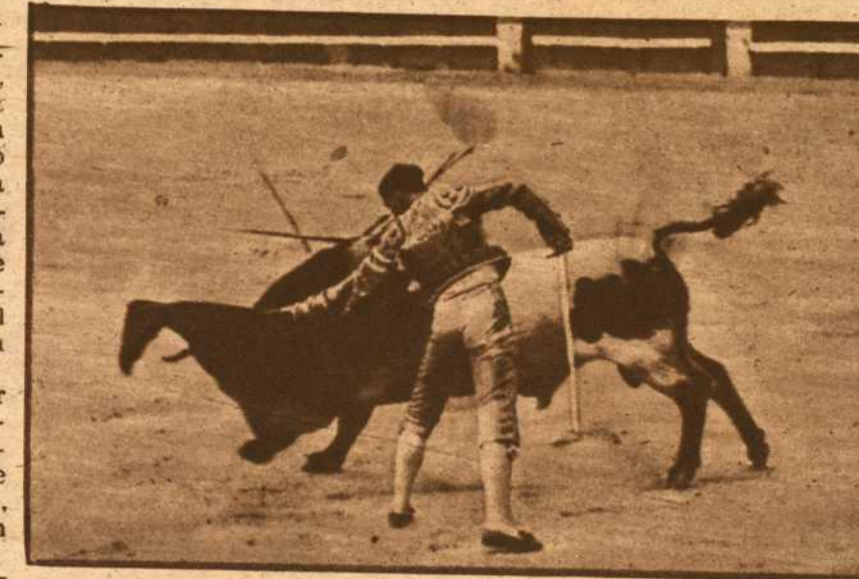
consistía en cincuenta céntimos. Pero a Joselito, que ya discurría en todo como un hombre, le pareció misera soldada aquel sueldo, y después de la cuarta corrida, dijo que ya había aguantado bastante aquel abuso, y se negó a continuar.

—Yo trabajo por afición —exclamó—; pero también para llevarle dinero a mi madre, como se lo llevan mis hermanos.

El buen señor Martínez puso el grito en el cielo y

quiso prescindir de José; pero los otros toreritos que le seguían, vencidos de admiración y sintiendo su superioridad, hicieron causa común con él, y el empresario no tuvo más remedio que dejar de serlo y convertirse sólo en administrador del negocio, cuya dirección quedó a cargo de aquel Gallito, que ya tenía tan buenos espolones. No se dejaba torear ni por los toros ni por los hombres, y a los pocos días ajustó una corrida en Lisboa, en la Plaza de Campo Pequeno, por mil pesetas, para toda la cuadrilla, que repartió a gusto de sus camaradas, entregando antes a Martínez veinte duros, que le asignó como sueldo para un par de corridas más en Aveiro, y todas las que contratase al mismo precio. Se mostraba a la vez enérgico y generoso, y empezaba triunfando, y ¡mandaba!

Como estaba solo en Portugal, y la ausencia parecíale ya muy larga a su madre, y los hermanos supieran que toreada ganado demasiado grande para sus años, un consejo de familia —la madre, los dos toreros y las tres mocitas— decidió enviar a Lisboa, como auxiliar, al banderillero Pedro Peña, Llaveró, con orden de que trajese al niño a Sevilla en cuanto cumpliera su contrato por las dos corridas que le quedaban en Aveiro. Volvió a Sevilla Joselito, alegre y cariacontecido a la par por el triunfo y el regreso, y su descontento hubo de crecer cuando vió que su madre le prohibía que volviese a torear. Rafael y Fernando se ganaban bien la vida, en la casa no pasaban grandes apuros y la señora Gabriela no veía razón ni necesidad para exponer a un peligro grave a su tierno «Benjamín». Pero pronto Rafael y Fernando partieron con un buen contrato para Méjico, y Joselito vió de nuevo abierto el cielo de sus sueños taurómicos, y como las cuatro mujeres de su casa no tenían fuerza para oponerse, volvió decidido a sus andanzas. En tien-



Otro natural de Joselito con la izquierda

tas, capeas y herraderos le ayudaban todos, y era siempre el bienvenido, porque a todos les gustaba verle torear, y los demás Martínez que en aquel mundo vivían le buscaron también, con no menos codicia y más disimulo.

Cuando a principios del año 1909 volvieron sus hermanos de Méjico, acababa el pequeño de tener un triunfo enorme en Morón de la Frontera, y tales proezas le contaron todos a Rafael, que éste consistió en que se organizase una nueva cuadrilla de Niños Sevillanos, en la que habían de ser matadores Limeño y Gallito Chico. En el libro ya citado, «Joselito,

su vida y su muerte», por Antonio Parandome ya de él hasta la triste hora. «Desde esta fecha (febrero o marzo Parra, Parrita, dice el autor: y de su hermano Rafael, quedó con Jo de 1909), por designación de su madre de su confianza y administrador, no Joselito el que esto escribe como persona en que le cubrió la tierra; momento éste el más doloroso de mi vida, porque, además de ser primos hermanos y del cariño que nos teníamos, la bondad de corazón de Joselito hacía que para mí fuese como un hijo, sintiendo su desgracia como si, efectivamente, de un hijo se tratase.»

La cuadrilla de Niños Sevillanos empezó su actuación en Cádiz, y como sólo tenía dos matadores, fué en ella como sobresaliente el novillero Agualimpia, pariente más o menos lejano de los Gallo, como lo eran Potoco, El Loco, Rebutina y la mayor parte de los toreros gaditanos que entonces bullían. En la segunda corrida ocurrió que, al dirigirse José al enemigo con la muleta en la mano izquierda, le aconsejara, temeroso, Agualimpia:

«Con la derecha, José, con la derecha.»

Joselito, centrado ya con el bicho, se volvió hacia el consejero y le dijo con gran seriedad:

«Haga usted el favor de callarse, que yo sé lo que hago—y acto seguido empezó a torear al novillo por naturales con gran ritmo y desahogo.»

Cuando, como se dice en la jerga taurina, «se echó la escopeta a la cara» para entrar a matar —y era la verdad que desde entonces se llevaba Joselito la mano a la frente, buscando un tranquilo de buen banderillero, para mirar por debajo del brazo la punta del estoque y el sitio en que quería clavar el consejero, porfiado, insistió:

«En la suerte contraria, José. —No —contestó resueltamente el muchacho—; lo mato en la suerte natural, porque aquí quere él que lo busque y a los toros hay que darles lo que piden.»

Le aseguró de la estocada, salió el novillo «rodado» de los vuellos de la muleta, y Agualimpia, rendido ante la sabiduría del

(Continuará.)



EL ARTE Y LOS TOROS

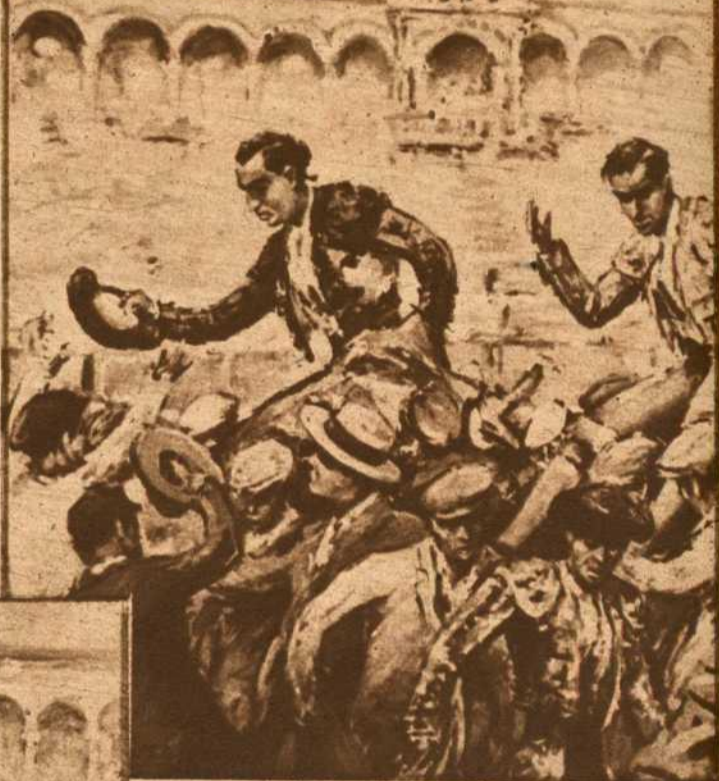
LOS DIBUJOS TAURINOS DE SANTOS SAAVEDRA

Por

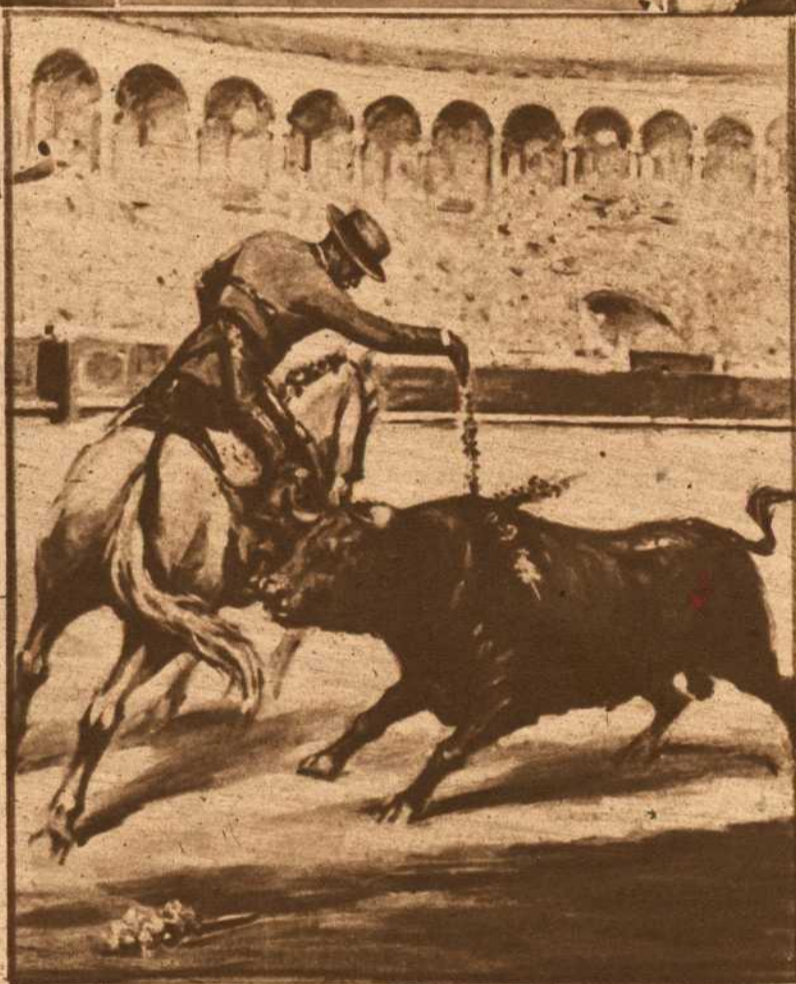
MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Echándose por delante», título del cuadro de Santos Saavedra



«José y Juan en la Maestranza», original de Santos Saavedra



«Pepe Anastasio Vicente, colorando un par», y abajo: «Con una en las agujas», dos de los dibujos de Saavedra, en los que se observa la gracia y sabor taurinos



HACE ya tiempo que con la pluma en la mano hemos sentido el deseo de escribir sobre los dibujos en color, sobre los «guasch» y las portadas de este excelente dibujante, ya popular, que se llama Santos Saavedra. Motivos que no escaparán al claro entender de mis lectores han ido demorando el artículo que al fin, y por razones de mérito compatibles con el compañerismo periodístico, ha venido a ocupar esta plana dedicada al comentario de toda la labor artísticotaurina, en la que la pintura y el dibujo impresionista y de costumbres abordan más ampliamente el tema.

Saavedra es un artista que ha sabido imprimir a sus dibujos un sello o característica especial. No podemos negarle cierta influencia devota a insignes maestros anteriores, pero en esta devoción hay precisamente el deseo del artista de formarse con arreglo a escuelas ya sancionadas que marcaron un camino digno por el que continuar, claro está, y como sucede concretamente en este caso, con la aportación personal de una inspiración y una técnica privativa, que es precisamente lo que destaca y avalora la obra del artista que hoy señala nuestra preferencia y atención.

Hay en la obra de Santos Saavedra un continuo y manifiesto deseo de agradar. No es el dibujante que pretende salir del paso con un trabajo rápidamente realizado, no es el pintor que supe dita al asunto toda la llamativa impresión óptica y emocional. No. Santos Saavedra va más lejos. Hay un juego de luz, de color y de movilidad en las escenas que con gran exactitud y atracción recoge. Es certero, hábil y agradable, no sólo en la composición, sino en la ejecución y práctica del dibujo, y cuando ya ha logrado el asunto, se recrea un tanto en las figuras, que bañándose de luz y de color, hacen del

conjunto una labor admirable.

Santos Saavedra sabe en todo momento lo que es la tarea artística y lo que ha de ser la de reproducción, y conociendo todos los escollos y sacrificando no pocas veces el propio arte, tiene que sujetar éste a las posibilidades periodísticas del momento. Por eso, precisamente por eso, sentimos muchas veces el deseo de que en una Exposición nos muestre esa habilidad y esa técnica, de que no carece, y por la que está llamado a mayores empresas, sin desdeñar, claro está, esta otra labor periodística que él ha sabido asimilar y comprender como pocos, que tan fácil parece a primera vista, pero que tiene sus secretos, que no todos los pintores lograron descubrir. Porque se puede ser un excelente y meritísimo pintor y fracasar rotundamente en las tareas de la ilustración, como se puede ser un magnífico escritor y no acertar en el editorial o en el artículo de colaboración periodística. En compaginar una y otra tarea radica el mérito, y Saavedra ha sabido circular sin dificultad por ese puente que une ambas modalidades.

Observando su obra, se advierte cómo ha ido venciendo lo difícil, y cómo, supeditándose a las exigencias y posibilidades reproductivas de su obra de divulgación, ha logrado colocarse junto a otros meritísimos artistas, de los que ya incluso nos ocupamos y que figuran a la cabeza de esa vanguardia del arte impresionista, de la pluma y del pincel, que tantos cultivadores ha tenido y tiene en nuestra Patria.

Saavedra, recogiendo todos y cada uno de los momentos más trascendentales e interesantes de la lidia o del arte de torear, nos ofrece semanalmente el fruto de una entusiasta labor que le ha dado, con gran satisfacción de sus admiradores, la popularidad que merecidamente goza.

JUAN CRISTOBAL

Su admiración por Belmonte y su rivalidad taurina con Ignacio Zuloaga

"Aunque no hubiera toreros, habría afición a los toros"



ESTE Estudio del insigne escultor Juan Cristóbal tiene un encanto especial. En el patio, una parra, que el gran artista ha tenido que alzar hasta poner el fruto fuera del alcance de los golosos y haya así tiempo para que madure completamente, pone su toldo de sombra verde, mientras en una esquina crece una higuera, a quinientos metros de la Plaza de Toros. Yesos y mármoles nos hablan en seguida de la profesión del habitante. Hay una obra en piedra, ya terminada. Se trata de un Miguel de Cervantes, en el que el escultor ha sabido infundir la fuerte llama espiritual del que es oficialmente nuestra mayor gloria literaria. ¿A qué biblioteca, a qué centro cultural, a qué academia, a qué museo irá

a parar esta bella obra de Juan Cristóbal? Nos olvidamos de nuestro propósito de entretenerle, exclusivamente taurino, para satisfacer nuestra curiosidad personal.

—Esto lo mandaré al molino de Campo de Criptana.

—¿Qué molino es ese?

—Un molino que funciona y todo. Es mío. Lo compré durante la guerra. Usted sabe que entonces en Madrid cada uno hacía cosas que no había hecho nunca. Había que ir viviendo y se emprendían asuntos completamente distintos de los que nos eran habituales. Así, yo me fui una vez a comprar una camioneta de vino a la Mancha. Vi el molino, me enamoré de él, y en lugar de comprar el vino me gasté el dinero en el molino. Luego vino a verlo Zuloaga, y le gustó también, tanto que me lo quiso comprar. Pero yo no le he vendido sino una parte. Ahora queremos convertir aquello en una especie de museo. Para allí he hecho este Cervantes, y ya está Zuloaga pintando un bello cuadro con el mismo objeto.

Y ahora pasamos al Estudio. Juan Cristóbal es un trabajador infatigable. Hasta cinco obras empezadas contamos. Las telas empapadas cubren el barro. Son ya las dos y el escultor ha terminado su tarea matinal para reanudarla en cuanto coma, porque una de las obras la ha de entregar en plazo breve. En honor nuestro nos descubre la magnífica escultura de Joselito. Ya el barro ha tomado forma y perfil y se adivina ya el triunfo próximo del artista, que ha acertado al modelar un Joselito torero, es decir, el Joselito con planta, con gesto, con postura torera. El Joselito, tal y como ha pasado a la leyenda. Esta obra, que será vaciada en bronce, es la que será cor-

locada en la Plaza de Toros de Madrid y será el homenaje perdurable que han sabido hacer realidad los organizadores de los actos conmemorativos del XXV aniversario de la muerte del torero de Gelyes.

—No he modelado nunca toros. Sólo toreros. Tengo a Belmonte, a Antonio Sánchez, a Domingo Ortega...

—¿Cómo prendió en usted la afición a la fiesta brava?

—Mi primer contacto con este mundo maravilloso del toro y del toreo se lo debo a mi ilustre amigo el académico Natalio Rivas, que tanto sabe y tanto y bueno ha escrito de estas cosas. Natalio fué quien me llevó a presenciar por primera vez una corrida. Fué en Granada. Ya Belmonte había alcanzado la notoriedad y electrizaba a las multitudes. Acepté la invitación. En el mismo día presencié por primera vez una corrida de toros y por primera vez subí en automóvil. Lo bueno es que en el asiento de atrás iba Belmonte. ¡El idolo! Calcule usted mi emoción. No sé ni quién toreaba con él en aquella tarde del Corpus, porque la impresión de ir en el mismo coche que el famoso Juan fué tan fuerte que ha borrado todo lo demás. Es que Rivas ha sido de siempre íntimo de Belmonte. Otro día me cedió su localidad de barrera porque Natalio no podía ir. Belmonte tenía la costumbre de echarle el capote de paseo. Aquella vez se acercó, como siempre, a la localidad de mi amigo y sentí que todos los ojos del tendido estaban clavados en mí. Cuando llegó Juan le dije lo que pasaba y entonces él me tiró a mi el capote, mientras sentía cómo la gente me contemplaba, pensando seguramente en quién sería aquel jovencito imberbe a quien Juan distinguía de aquella manera. La verdad es que estuve toda la tarde bastante azorado.

—Usted tengo entendido que también es muy amigo de Belmonte, padre.

—Mucho, en efecto; y ha sido, además, el torero que más he admirado, porque estimo que lo que hizo él fué de un mérito extraordinario. Yo le acompañé a la Plaza con Serrano, el médico, el día de su despedida en Madrid. Hizo que el coche se desviara de la calle de Alcalá para ir por otras menos concurridas, para huir de la curiosidad de la gente. Iba návido y se lo dije. "Tengo miedo —me aseguró—; pero no es a los toros, sino a la gente, a todo este público que va camino de la Plaza". Alternaban con él Cagancho y Márquez. En esa corrida mató el toro más grande que he visto yo en una Plaza. ¡Qué torero fué Belmonte! Era un prodigio de emoción; pero sobre todo era un prodigio de plástica, de componerse con el toro. Aquella su figura desgarbada crecía, se transformaba, se transfiguraba, hasta crear la belleza, hasta hacer surgir Grecia... Después de su retirada, y hasta los modernos tiempos de Manolete, el toreo pierde en vibración, cualquier personalidad se desvanece, todos los contornos se vulgarian. Ortega y algún otro se salvan. Ortega es formidable y



Javi

consigue imponer sus propias facetas...

Juan Cristóbal habla de prisa, con su acento simpático, que acompaña de sus ademanes nerviosos. Es un hombre inquieto, mientras no se entrega a su trabajo. En esas horas de creación, de constante esfuerzo espiritual, el escultor deja pasar el tiempo insensiblemente, hasta que alguien, una visita, unos amigos

—hoy nosotros— vienen a interrumpirle

—Cuando empecé a torear yo mismo. Esto ocurrió consciente, es decir, enterado?

—Cuando empecé a torear yo mismo. Esto ocurrió allá por 1930. Fuimos a casa de Juan Belmonte Zuloaga, Julio Camba y yo. Desde entonces he toreado mucho en tientas, sobre todo en la finca de Belmonte. Ignacio Zuloaga me tiene un poco de envidia porque toreo mejor que él. Claro que no lo quiere reconocer; pero no tengo inconveniente en celebrar con él un mano a mano y que nos juzguen espectadores imparciales. Le concedo que él está mejor con la capa, en la que yo soy un poco codillero. Mi fuerte es la muleta. ¡Ahí soy el amo!

—Lo diremos, y ya veremos lo que responde el genial pintor. Ahora pasemos a otra cuestión. ¿En qué se fija usted más, en los toros o en los toreros?

—Primero me fijo en el toro, y cuando me he fijado bien, entonces me acuerdo del torero. La mole del toro tiene ya en sí misma una belleza de tamaño. Del tamaño se habla mucho. Por supuesto, el toro ha dismutado algo; pero yo creo que no tanto como dicen. Lo que pasa es que las Plazas grandes "comen" mucho y achican a los toros. Cuestión de distancias y perspectiva. Una cosa sí le diré, y es que el toro en la Plaza pierde buena parte de esa belleza que tiene en el campo. Si no hubiera toreros, habría de todos modos afición a los toros, a verlos correr, a acosarlos... El toro es el animal más hermoso y más noble. Yo quisiera que se hiciera un monumento al toro. El sitio sería en una roca de Despeñaperros, es decir, a la puerta de Andalucía, la tierra del toro...

—En cuanto al público...

—Para el torero, el de ahora es mejor, más benévolo; pero atiende más a lo pintoresco, a la pirueta... La solera del aficionado está demasiado diluida, y pasa igual que con el flamenco, que por los gustos del público es ahora un flamenco estilizado, un flamenco cada día menos flamenco...

LA FIESTA EN ESPAÑA Y EN AMERICA

Don Fernando Gómez Martínez, ilustre periodista colombiano, habla para EL RUEDO

"En mi país hay tanta afición y pasión por los toros como en España"



Don Fernando Gómez Martínez, ilustre periodista, director del periódico *El Colombiano*, de Medellín, está en España para ver España.

Y hace unos días que está en Madrid.

—Sinceramente debo confesar que he encontrado España como yo me la imaginé tantas veces... me dijo con un tono de voz en el que vibraba la ilusión más acendrada.

Mientras, en la calle...

Sol, alegría y trabajo, como pinceladas maravillosas de un pueblo superado, tras ese duro caminar que tan pocos públicos alcanzaron: la paz.

Fernando Gómez Martínez exclamó, reflexivo:

—¡Viven ustedes en un paraíso!

El ilustre periodista se levantó de su butaca y se acercó al ventanal de la habitación. Allí, a sus pies, Madrid reía. Durante largo rato guardó silencioso recogimiento. Luego se volvió lentamente. Mientras limpiaba con calma sus gafas, me miró con sus ojillos inquisidores.

—¿Sabe usted—me dijo, rompiendo la pausa— que están haciendo un periódico maravilloso?... ¿Que EL RUEDO es un éxito en América?

No me dejó agradecerle su gentileza, porque seguidamente añadió:

—Yo soy un aficionado apasionado a la Fiesta Nacional...

Posó su mano cariñosamente en mi hombro.

—Y, sin embargo—comentó jocosamente—, yo no entiendo nada de toros.

—Quizá—he afirmado— esto pueda servirnos para hablar con tranquilidad de toros, ¿no lo cree usted así?

El se sonrió.

—En Colombia, en mi país, hay una afición sorprendente a la fiesta. Es algo tan fervoroso que ustedes mismos no encontrarían gran diferencia en el ambiente taurino de nuestro país. Creo, en mi modesto entender, que en estos momentos se está revalorizando la fiesta en Colombia.

No hay que olvidar que en todas las ciudades del país hay Plazas de Toros. Últimamente, se inauguró en Bogotá una Plaza de primer orden, capaz para unos 18.000 espectadores. Su construcción está inspirada en la Plaza

de Madrid. También en Medellín se inauguró en el último mes de marzo «La Macarena», bello edificio taurino, que está sin terminar. Como verá usted, se conserva la tradición española en los nombres y en las construcciones taurinas. Es un riguroso recuerdo que se conserva sin mixtificaciones ni concesiones.

—¿Se celebran muchas corridas de toros en Colombia?

—Exactamente desconozco el número... Pero estimo que se podrían celebrar bastantes más si las Empresas del Perú, de Venezuela, de México y de Colombia establecieran un intercambio de toreros que redundaría en beneficio general. Mientras esto llega, nos conformamos con nuestras ferias, y en las que vemos a las primeras figuras de la torería española y mejicana.

—¿Y toreros del país?

Don Fernando Gómez Martínez acogió mi pregunta con gran interés.

—Hoy por hoy, no tenemos figuras destacadas. Y, sin embargo, no deseperamos, y tenemos la esperanza de que estos muchachos que ahora empiezan puedan un día alternar junto a los diestros más famosos.

Hay afición sin límites. Y cuando hay afición, cabe la esperanza...

—Ya se irán haciendo—termina alegremente.

—¿Se lidia ganado del país?

—Por el momento, sólo se lidian los toros que nosotros llamamos criollos, porque sólo existe la ganadería de doña Clara Sierra, que conserva en su vacada reses con sangre de toros andaluces. Y tan sólo como una excepción se lidiaron sus toros en la inauguración de la Plaza de «La Macarena».

—¿Predilección del público colombiano?

—Hay una inclinación ferviente por los toreros españoles. Se recuerda con cariño y admiración por los aficionados viejos, aquel gran torero que fue el Gallo. Y más recientemente, se recuerda a Ortega, que es el torero que más profundar en te impresionó a mis compatriotas.

—¿Y el más discutido?



Don Fernando Gómez Martínez

Sin duda alguna, Manolete. Es sorprendente lo que acabo de decirle, pero es cierto. Manolete es el torero más discutido en todos los tiempos, sin tener en cuenta de que no hay elemento de juicio para charlar de él, toda vez que no se le ha visto torear aún en América. Pero yo le he dicho antes que en Colombia hay una afición sin límites y que como en todas las partes del mundo, cuando hay que hablar de toros se habla sin tener en cuenta aquellas razones que nos parecen fundamentales a nosotros... a los que no vivimos intensamente el apasionado mundo taurino.

—Entonces, ¿Manolete es la máxima figura en América?

—Así es. Por lo que veo, por lo que oigo y leo, la ilusión del aficionado americano está cifrada en Manolete, y existe la esperanza de ver al diestro cordobés en la próxima temporada.

—Y usted, como periodista, ¿cómo ve la fiesta?

—Profesionalmente, me ajusto al sentir popular. En el diario que dirijo, todas las semanas, el domingo, doy una página taurina. Lo mismo que *El Colombiano*, todos los periódicos dedican una página taurina semanal.

—¿Ha visto usted muchas corridas en España?

—Siento decepcionarle a usted, porque aun no he tenido ocasión de presenciar una corrida de toros en España. Y lo peor es que cuando regreso a mi Patria lo primero que me van a preguntar es si he visto torear a Manolete...

Y don Fernando Gómez Martínez, viajero ilustre por España, se sonrió, al pensar por anticipado en la sorpresa que causará entre sus compatriotas cuando les diga que estuvo en España y no vio torear al diestro cordobés.

Esto, que puede parecer intrascendente, visto desde el ángulo europeo, es todo un episodio casi trágico, si se enfoca desde el punto de vista americano. Ha de tenerse en cuenta, para calibrar toda la enorme y casi gigantesca proporción del asunto, que la fama de nuestro torero ha sido en ultramar aureoleada de una especie de leyenda legendaria mezcla de valor y arte, tal sino a tanto fueron en vida muchos héroes que hoy dan pie a los romances populares.

Por eso hay tanta desazón en nuestro interlocutor.

—Es que la pasión a los toros—añade alegremente—no reconoce un clima ni un meridiano. Donde brota, lo hace con tal fuerza que hasta los que no nos explicamos muchas cosas encontramos natural todo.

—¿Quiere decir que usted...?

El señor Gómez Martínez vuelve a limpiar calmadamente sus gafas.

—No quiero decir nada... porque ya le he dicho antes que de estas cosas de toros apenas si sé nada. ¡Tengo la seguridad que entiendo muy poco!

El cronista lamenta tener que decir todo lo contrario porque la charla del periodista americano estuvo ajustada en todo momento a una visión exacta de la fiesta nacional. Y no nos equivocamos al afirmar que don Fernando Gómez Martínez es lo que nosotros llamamos un buen aficionado.

Dentro de unos días regresará a Londres. Quizá entonces piense seriamente en la contestación que dará a sus compatriotas cuando le pregunten si vio torear a Manolete.

Mientras llegue ese día, el ilustre viajero seguirá sufriendo con España, envuelto en el celicán de la niebla de Londres.



José Antonio Roca Rey, representante de la Plaza de Lima, en su charla para EL RUEDO

RESULTA que José Antonio Roca Rey y el periodista eran ya viejos amigos. Pero lo que yo ignoraba cuando fui presentado por Juanito Belmonte, a bordo del "Monte Albertia", es que Juan Antonio Roca era un aficionado de prestigio en tierras de Ultramar. Y que llegaba a España por motivos esencialmente taurinos. En aquella ocasión dejé escapar el reportaje. Hoy, no; hoy, no, porque ahora sé que el señor Roca Rey es el representante de la Plaza de Toros de Lima, y que ha traído a España una misión concreta.

Una charla mañanera sin prisas y un paseo largo. El parecía que quería rehuir el tema que el periodista le planteó en el primer minuto. El porqué de su presencia taurina en España.

—¿De turismo?—le pregunté, sonriente.

El señor Roca Rey parecía entonces ensimismado en la lectura de EL RUEDO.

—Lo que me gustaría conseguir —me dijo, al rato, olvidando mi pregunta— es EL RUEDO... No se asuste —añadió, ante mi sorpresa—. Lo que quise decir es que me gustaría encontrar la fórmula para que en toda América se vendiera el periódico de ustedes... Porque nosotros sí que sabemos el éxito tan extraordinario que EL RUEDO alcanzó en América.

Reprimí mi agradecimiento, y un tanto decepcionado a la vez, volví a preguntarle.

—¿Y a esto vino usted a España?

—A eso, no —me contestó, sencillamente.

—¿Entonces...?

El señor Roca Rey se rió abiertamente.

—Me gustaría silenciar su pregunta.

Quedé sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque aun es muy pronto para hablar. Insistí, como haciéndome de nuevas.

—Es pronto para hablar, señor Roca Rey...

—Pero para hablar ¿de qué?

Debí de darse por vencido ante mi insistencia, porque se prestó de buena gana a decirme todo.

—Le dije antes que era muy pronto aún para hablar, porque hace muy poco tiempo que he llegado a España, y he visto muy poco que pueda interesarme para mis propósitos. Pero no se sorprenda y escuche: yo estoy en España nada más que para organizar la temporada taurina en Lima y ver qué toreros españoles puedo llevar al Perú.

Me dió un cigarrillo, y en un tono amigable continuó:

—Verá usted que le he dicho, concretamente, lo que usted deseaba conocer.

—Pero es que ahora yo quisiera saber qué toreros españoles son los que piensa llevar para la temporada de Lima.

—Aunque quisiera complacerle, sería totalmente imposible esto para mí. Son muy pocas las corridas de toros que he visto en España, y no tengo elementos de juicio en la actualidad para dar a conocer mis propósitos.

—¿Es muy importante la temporada taurina de Lima?

—Creo, sinceramente, que la temporada del Perú, que dura desde diciembre al mes de

JOSE ANTONIO ROCA REY, en Madrid

Una charla con el gerente de la Plaza de Toros de Lima

La próxima temporada taurina en el Perú

"Nuestros propósitos tienden a prestigiar la fiesta en América aprovechando su resurgimiento en España"



«Estoy en España nada más que para organizar la temporada taurina en Lima y ver qué toreros puedo llevar.»

vicios de restaurantes, que ofrecen al público la facilidad de comer en la misma Plaza y, después de tomar café, subir a los tendidos, para presenciar la corrida.

Nuestro propósito es prestigiar por todos los medios nuestra Plaza. Nada nos lleva, en su regencia, al lucro, y todo acontecimiento taurino que se celebre interesa mucho más desde el punto de vista artístico que económico. Antiguamente, en nuestra temporada, Belmonte llegó a torear doce corridas, y Josecito, nueve. Este año ya veremos si alcanzamos el esplendor de antes.

—Es precisamente un español, el banderillero que fué de Belmonte, Rafael Vera, Rafaelillo, el empresario de todas las novilladas que se dan en la Plaza de Ancho. Nunca son éstas con picadores, y en ellas toorean solamente los diestros del país que quieren llegar a ser matadores. En total, se celebran unas veintidós novilladas.

—¿Se lidia ganado del país?

—Debido a las actuales circunstancias, no hay más remedio que lidiar los toros del país. La ganadería más acreditada es la de "La Viña", de Víctor Monetero, que tiene cruces de Parladé y del Conde de la Corte. Actualmente hay algunos aficionados que van a dedicar todos sus entusiasmos al servicio de las ganaderías. Vuelvo a afirmar que en el Perú se está viviendo una época de gran esplendor taurino.

—Y los toreros, ¿ayudan a este resurgimiento?

El señor Roca Rey me miró severamente.

—Yo creo que no es eso, exactamente, lo que quiso preguntarme. Pero yo voy a satisfacer su curiosidad. En el Perú se desconocen las cifras de escándalo. Claro que hay que tener en cuenta que las localidades son baratísimas y que los presupuestos elevados, en este caso, no tienen razón de existir. Un buen novillero, en Lima, puede llegar a cobrar de 700 a 1.000 soles, y un matador de toros del país puede llegar a percibir una remuneración de unos 3.000 soles. Cuando el Nene tomó la alternativa, cobró 4.000 soles. A los banderille-

abril, es una de las más importantes de América. No hay que olvidar que nuestra Plaza de Lima es la más antigua que existe por aquellas tierras, ya que su construcción data de los tiempos del Virrey Amat, bajo cuya dirección se edificó. Ultimamente, en la pasada temporada, se inauguró, después de quedar terminadas las numerosas obras que se acometieron, hasta dejar de la vieja Plaza de Ancho uno de los coscos más bellos que existen en América. Tiene una cabida para unos 14.000 espectadores, y el día que se abrieron de nuevo sus puertas, torearon Rafaelillo, Juanito Belmonte y el Nene, un diestro natural del país. La Plaza tiene todos los adelantos modernos. Y como dato curioso para ustedes, quiero señalarle que debajo de los grandes arcos que circundan la Plaza, de construcción muy similar a la de las Ventas madrileña, hay ser-



El gran aficionado y empresario limeño paseando por Madrid, al llegar a la capital española (Fotos Manzano)

ros se les paga 200, y los ganaderos, por una corrida, reciben la cantidad de unos 25.000 soles, que, poco más o menos, resultan unas 20.000 pesetas.

—¿Algún diestro del país destacado?

—En la actualidad, el más destacado es el Nene, que empezó toreando con Montani. También fué ídolo de la afición peruana el Sargento, al que dió la alternativa Domingo Ortega.

—¿Es verdad que en Lima, para exteriorizar el entusiasmo, se arrojan las almohadillas al ruedo?

—En parte es cierto lo que dice usted, pero felizmente esta costumbre ya va desapareciendo. Lo que ocurre es que el aficionado, para no perder su sombrero, toda vez que el ruedo está bastante alejado de los tendidos, arrojaba las almohadillas a la arena cuando el matador llevaba a cabo una gran faena. Y no quiera usted imaginarse la que se armaba cuando el torero que triunfaba desconocía esta costumbre...

Hemos reído los dos la escena imaginada. Ello sirve para que el señor Roca del Perú nos cuente todo ese mundo pintoresco, que es nervio popular, de una afición que resurge con fuerza.

Al final de la Gran Vía nos hemos despedido.

—Ya me dirá usted, cuando sepa algo...

El estrechó con fuerza mi mano, y con gran cordialidad terminó:

—Usted será el primero que conozca mis acuerdos..., lo mismo que ha sido el primero que conoció mis propósitos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces, adiós.

Nuestro fotógrafo aun tuvo tiempo para tirar la última placa.

A PUNTA DE CAPOTE

La siesta del "señó" Manuel Domínguez

Por FEDERICO OLIVER



El señó Manuel Domínguez

VENTA Eritafía. No la venta sevillana de sonajas de pandoreta y chafarrinones de turismo, sino la clásica venta, blanca y castiza, de mediados de la pasada centuria, donde aún percibiase la huella de los Siete Niños de Ecija, cuando allí apagaban la sed de los caminos con limetas de vino duro. La estampa que te presento, lector, pertenece a cualquier tarde estival, entre 1850 y 55. En un rincón de la venta, y al pie de una inmensa bota de mosto, el señó Manuel Domínguez espanta de bravucones y titán del toreo, descabeza el sueño de la hora cálida en un cómodo sillón de enea. Curiosa figura la de este patilludo primer espada del romanticismo en el toreo. Siempre vestido de majó, con el sombrero de queso, de dos moñitos rituales, inclinado sobre los ojos dormilones. La entreabierta camisa, bordada en guirindocas, mostrando en la tabla del pecho la pelambre hirsuta. La chaquetiña de los alamares descubriendo la primorosa faja de seda azul, y en ella, el cinto repleto de oro... Tú le contemplas, lector, ocnunigo, en esta viñeta curiosa; y tú y yo, como contraste rudo, oímos y sentimos, al tiempo que le vemos, la trepidante imagen de la vida moderna: el automóvil, la radio, el avión, la bombilla eléctrica... Y lo singular, lo que ha de parecerte milagroso, es que el bueno de Manuel Domínguez percibe en sueños estas imágenes

AURORA
BEBERA MANZANA

de ahora. Está pasmado de ver los coches que andan solos, de oír los *chismes* que cantan solos, de mirá unos tíos que se remontan más arto que el muñeco de la *Gtrada* en unos pájaros de acero que son como juguetes grandes. Y esto no es extrañío ¡si damos de barajo que hay sueños premunitorios. En el caso del señó Manuel Domínguez es tanta su maravilla supersticiosa, que despierta sobriamente para ver si le observan.

Y en efecto. Un *mosto pastiri* o de *riá-pitá*, como decía la Sevilla del siglo XIX, está sentado a la verita suya, y le mira con unos ojos que se le clavan en el *sentío* como dos *puñalás*. El tremendo *maistalote* que da Manuel Domínguez *sientí* por primera vez *fatigas* en el corazón. Aquel nene *malage vestío* de mono —tal le parece la moda—, con una *pulsera* de señora, en la que *retuse* en un *teló* como un *garbanzo tostao*, se le antoja un *pantasma*, y le pregunta:

—¿Quién es usted, *compartío*?

—Señó Manuel Domínguez —contesta el interpelado con una voz lejána—, afine usted el sentido, como un hombre cabal, y tiéntese la ropa para lo que paso a decirle... Usted está muerto desde hace muchos años, y a mí me falta casi un siglo para venir al mundo. Usted es un torero del siglo XIX. Yo soy un aficionado del siglo XX. En estos minutos estamos en el año 1945... ¿Estamos?

—¡Chavó! —farfulla, perplejo, el torerazo—. Y diga su *mersé*, alma en pena, ¿qué jinajo lo saca del limbo pa vení a buscarle la lengua a un *moño güeno* como yo? ¿No sab. su *mersé* que el señó Manuel Domínguez no le teme ni a los *nasios* ni a los que están por *nasé*?

—Por lo mismo, señó Manuel, por lo mismo que tiene usted el corazón en la mano, en la boca y en la faja, vengo a saber de su persona cosas de toros...

Hay una pausa. El señó Manuel Domínguez saca un puro como el faro de Chipiona; lo enciende en una *banderilla* de fuego; envuelve al *pantasma* en una nube de humo, y le dice, palabra por palabra:

—Yo le diré a su *mersé* mi *verdá*, si su *mersé* me corresponde con su *verdá*. Su *mersé* me ha dicho *endenante* que es un *aficionado* del siglo que viene.

—Año de 1945, señó Manuel.

—Pos dígame, pa haser boca, lo que gana por *corria* un torero del siglo XX.

—Cuarenta mil duros cabales, señó Manuel.

—¡Cristiano! —Aquí nuestro hombre pega un brinco que no es para descrito—. ¿Cuarenta mil duros? ¿Ochocientos mil reales? ¿Casi un millón de reales? ¿Y qué le hacen esos nenes a los toros pa *cobrá milenta* mil veces más monises que yo y que el banquero Salamanca?

—Adornos de una estética que emborracha, maestro. Con el capote, gaoneras, chiquelinas... Con la muleta, manchetinas, molinetas, estatuarios...

—¿Estatuqué?

El señó Manuel se come con la vista al aparecido, porque sospecha que quiere quedarse con él a fuerza de camelos. El intruso le explica, recalca y dibuja los laneces, que el diestro de Gelves no concibe. Sobre todo, la palabra "estética" se le atraviesa como una *astuna* en el gznate y la escupe con este gruñío:

—¿Sé *pué* sabé a qué casta de bichos se le hacen esas morisquetas? ¿Son toros de *relopetó*? ¿Tiene cinco *verdás*?

—Basta con que tengan dos pitones, señó Manuel, aunque

sean *utireros*. Aquellas montañas de carne que usted derribaba recibiendo ya no se estilan.

—¿Y la *estocá* de muerte al *vuelapié*?

—Se va perdiendo. Los toreros de hoy en día son más *muleteros* que *matadores*.

—¡Jinojo! —interrumpe airado el gigante de la suerte de recibir—. La faena de muleta sin *estocá* es una *tortiya* de *güevo* sin *güevo*. El pase *reondo*, el *naturá* y el de pecho no son más que los *criaos* de la suerte suprema. ¿Cómo se entiende eso de *muletero*? El *mataó* citando *perfilao* en el último *transe* delante la pala del pitón derecho es la única *verdá*. Su figura valiente, *clavaos* los pies como un *tornijo*, dejándose *vení* la fiera pa que *sarga* del embroque con la *estocá metía*, *roando* como una *pelota*, es lo más grande del universo mundo... ¿Qué se ha *llegao* usted a *figura*? ¿Qué se *piensa* usted?

Por toda respuesta, el *pantasma* se ríe con risita chocante y guasona en las patillas del coloso. El grande hombre no lo puede sufrir: lo coge de las patas, como Hércules a Licas; lo estrella contra el santísimo suelo, y... despierta... ¿Qué ha pasado?... *Naitá*... Pero siente un *buye, buye* en la *chirola* que no le deja ver las cosas como son... Se ve el silencio... Se oye la *caló*... Las cartas de la baraja juegan al tute con el ventero y el niño de la venta... Un rayito de sol se divierte con las mosquitas volando... Las gallinas ladran... Los perros cacarean... ¡Las cosas, señó, las cosas!

Y el señó Manuel Domínguez, aquel de quien dijo el gran Pedro Romero que no tenía desperdicio, se incorpora en sus cabales, se aprieta la faja, se ajusta la *chaquetiña* de los alamares, requiere el palasán de nudos simétricos y puñoreondo de marfil, y sale de la venta con la misma majestad que Quinto Fabio Máximo del Senado cartaginés.

ARMILLITA NOMBRA NUEVO APODERADO



El famoso diestro mejicano Fermín Espinosa, ARMILLITA, ha conferido poderes a su hermano Juan Espinosa, con domicilio en Madrid, calle Tetuán, 38, teléfono 22126, lo que comunica para conocimiento de la afición y de los empresarios taurinos de todo España



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

¡VAYA POR USTED, ESTA VEZ, MATAOR!

MIENTRAS la Guerra pisó los ruidos del siglo XIX, Fuentes iba detrás de "naide", como dijo el cordobés, aunque la culpa no fuera sino exclusivamente del torero sevillano, ya que teniendo clase suficiente para figurar donde le viniera en gana, su desidia le tenía un tanto relegado del puesto a que podía aspirar.

Más tarde, con la retirada de Guerrita, aun se acentuó más este modo de ser de Fuentes, porque mimado por el público, que volvía los ojos a él como figura indiscutible, no sentía el acicate de nadie que le empujara a mejorar sus actuaciones.

Para ello, hubieron de surgir los jóvenes. Machaquito y Bombita Chico empezaron a empujar, y entonces aquel elegante torero se acordó de lo que dentro llevaba y empezó a echarlo fuera por las arenas de las Plazas de España. Fue su mejor época, el punto culminante de su carrera, y que duró bastante menos de lo que pudo haber durado de haberse sentido con ganas unos años antes.

Sin embargo, fué lo bastante para que Fuentes alcanzara cimas elevadas en su profesión y levantara fuertes vendavales en los tendidos y grandes discusiones en las tertulias.

De esta época es la fotografía que hoy desempolvamos para ofrecérsela a la curiosidad del lector. En la finca de su propiedad, y rodeado de amigos y admiradores, Antonio Fuentes ha levantado su vaso en torno a otros que brindaban por él. Esta vez, a aquel hombre que supo componer la figura más elegante, en el momento de elevar la montera hacia la presidencia, no brinda sólo. Son sus inseparables los que le acompañan y aun son ellos los que brindan por él. Es la afición de entonces, representada por este grupo, la que —tracando los papeles— eleva su voz hasta la presidencia de los toreros, entonces representada por el espada sevillano.

Y no es para menos, pues si los escritos no nos engañan, era muy grande la ilusión que el público tenía depositada en la afrosa figura de este torero, que con tanta gracia y dignidad se movía ante los toros, rehiletes en las manos, para cuadrar ante la cara del bicho, con los brazos muy levantados, y dejar el par derecho como dos velas sobre el morrillo reluciente de la bestia. No importaba que a la hora de la suerte suprema el torero no estuviese a la altura de las circunstancias cosa que nos hace meditar un tanto, por ser aquella una época en la que todo se daba por una buena estocada. ¿Qué cosas no haría Fuentes para que el público le perdonase su poco dominio en el momento de volcarse sobre el morrillo! Grande, muy grande, había de ser el tarro de las esencias. Mucha sabor había de tener en el manejo del capote e imponente había de ser su sabiduría y "ángel" con la muleta. Alegría desbordante sería su toreo para que el aficionado de aquellos tiempos perdonase falta de tanto peso entonces.

Por eso hemos querido traer hoy a nuestras páginas la figura del sevillano

Fuentes, ya que su toreo, su forma de hacer, su misma abulia, es un mucho de hoy mismo. Antonio Fuentes, en una palabra, puede ser considerado como un precursor del toreo moderno.

La fotografía tiene en sí un dejo quizá amargo. Es la misma nostalgia y el mismo dolor que sentimos cuando desempolvamos un viejo recuerdo que aun vive prendido en nuestro corazón.

Porque —lo volvemos a repetir— Antonio Fuentes, aun siendo mucho de ayer, es mucho también de hoy.



¡7 DE JULIO, SAN FERMIN!...

TRADICIONES TAURINAS

*Uno de enero,
dos de febrero,
tres de marzo,
cuatro de abril,
cinco de mayo,
seis de junio,
siete de julio...
¡San Fermín!*

A si canta la mozada, con ritmo de pregón, en la bulla y la jarana de las fiestas incoapiables de la capital navarra. Un desbordamiento jocundo, algarero y simpático, de la vitalidad racial de este pueblo maravilloso que conserva, con amor y embeleso, sus añejas tradiciones.

Los «sanfermines» de Pamplona son una estampa vigorosa, un aguafuerte asombroso, en el cual las tonalidades detonantes tienen el bello matiz de una vida fuerte y recia.

En las fiestas de la capital navarra, un torrente de juventud pasea su alegría ingenua y sana en una sucesión de horas bulliciosas que no conocen el agotamiento ni siquiera el cansancio. Las cuadrillas de los mozos, con sus grandes pancartas, que son como bandéras, llevan al frente los dulzaineros, que animan el baile ininterrumpido, los cánticos sin fin, la algarabía ruidosa que dura la semana entera.

El encierro, el clásico encierro, supera en emoción a todos los espectáculos conocidos. Millares de mozos y gentes ya maduras faltarían a todo menos al riesgo de correr delante de los toros.

Porque los toros que han de ser lidiados en la corrida de la tarde son conducidos, hacia las siete de la mañana, por las calles de la ciudad, arropados por los mansos, hasta el mismo ruedo de la Plaza. Y delante y detrás de los toros, a uno



Arropados aún por los cabestros, los toros, ciegos, corren siempre hacia adelante, sin fijar su atención en la muchedumbre que va unos pasos ante ellos

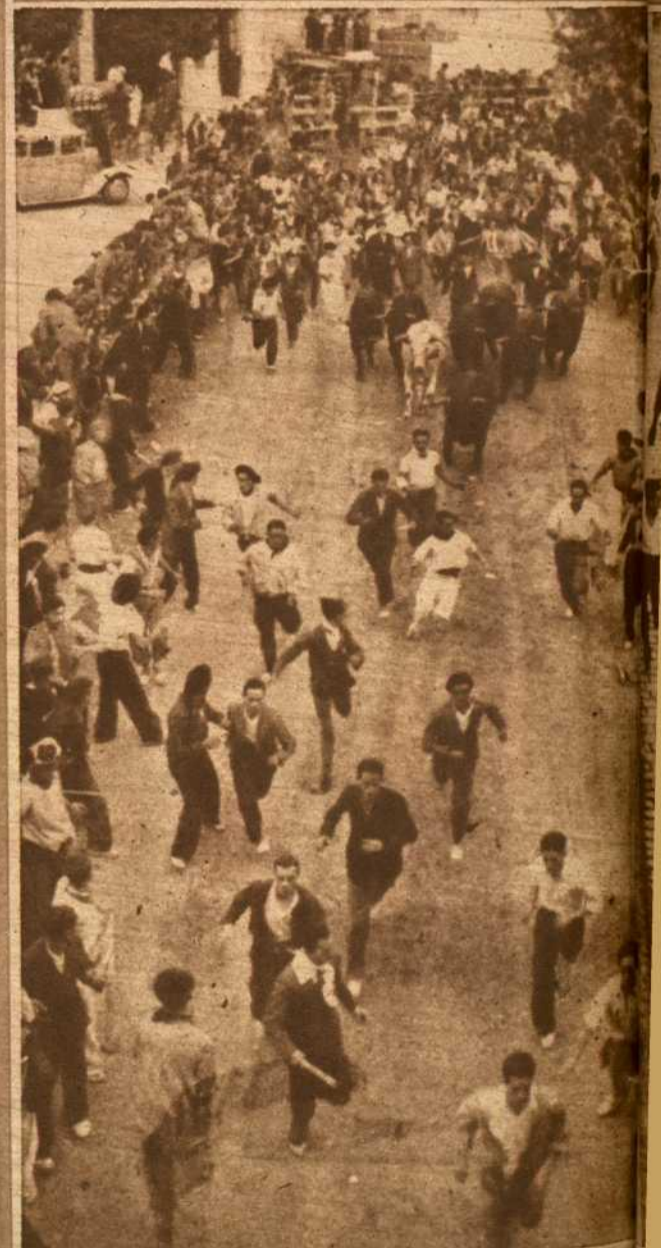


Extraordinaria fiesta ésta en la que la juventud navarra desprecia el peligro y sin más defensa que la agilidad de sus piernas para correr y para saltar y la de su vista para cuando, empujados por el compañero, caen al suelo, poder evitar el choque con la fiera que le persigue sin ella

misma quererlo, alocada y traspasada de susto, juegan con el azar terrible de la cornada solamente llevados de un prurito de hombría.

He aquí una foto de uno de los clásicos «sanfermines», en la que se ven los toros que al doblar la calleja han arrollado a varios pamplonicos que yacen en el suelo en espera de que pase la avalancha.

Amis
LA PAJARITA
DELICIOSAMENTE FINO



Por las calles de Pamplona, sin temor a caer reñidos, derechos hacia la Plaza, van los muchachos marcándoles un tren arriesgado a los toros

LOS ENCIERROS DE PAMPLONA

centímetros sólo de ellos, centenares de mozos, con sus blusas y alpargatas, corren para entrar en la Plaza al mismo tiempo que los astados.

En las calles, por donde los toros corren camino del ruedo, centenares de personas, sin más defensa que el arrimo del quicio de las puertas, del apretujarse a las paredes de las casas, presencian el paso de los toros, que parecen correr, asustados del valor enorme de aquella multitud.

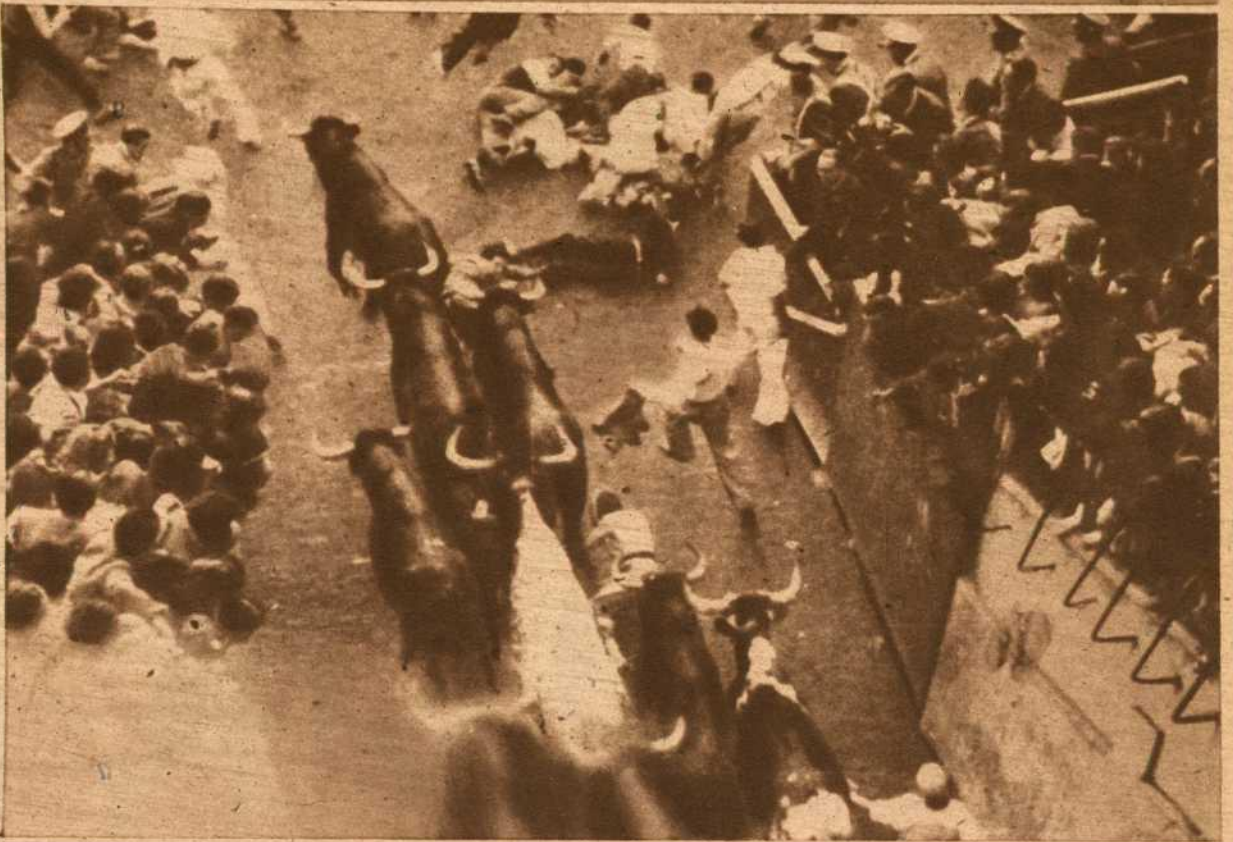
La entrada de los toros en la Plaza es un espectáculo que no comprendería nadie, aun en la mejor de las descripciones, sin haberlo presenciado. Los mozos corren como galgos para entrar y saltar al callejón. Pero son tantos, que apenas caben por las puertas; o tropieza uno y cae, y caen sobre él los que siguen, formándose una muralla de carne humana, sobre la cual salta el ganado, realizándose anualmente el milagro de que no se produzca una catástrofe.

Este momento, como todo lo que dura el encierro por las calles, constituye una nota única, maravillosa, que lleva a Pamplona peregrinaciones de curiosos para gustar la más fuerte de las emociones.

La tradición del encierro hacen que corran en él, delante de los toros, mozos de todas las clases sociales. No hay un «pamplonico» que se precie de tal que no haya corrido algún año en el encierro.

Y esto un día, y dos y cuatro, sin que las cuadrillas hayan descansado, sin haber cesado un instante en sus cánticos, en sus bailes, en esa sana alegría en la que corre el vinillo de la ribera con una prodigalidad asombrosa. A pesar de ello, en Pamplona no se produce jamás el incidente más pequeño. Ni una discusión, ni una disputa; absolutamente ni una nota desagradable en toda la fiesta, única e incopiable, que, como todos los años, va a comenzar dentro de unos días.

TXIBIRISKO

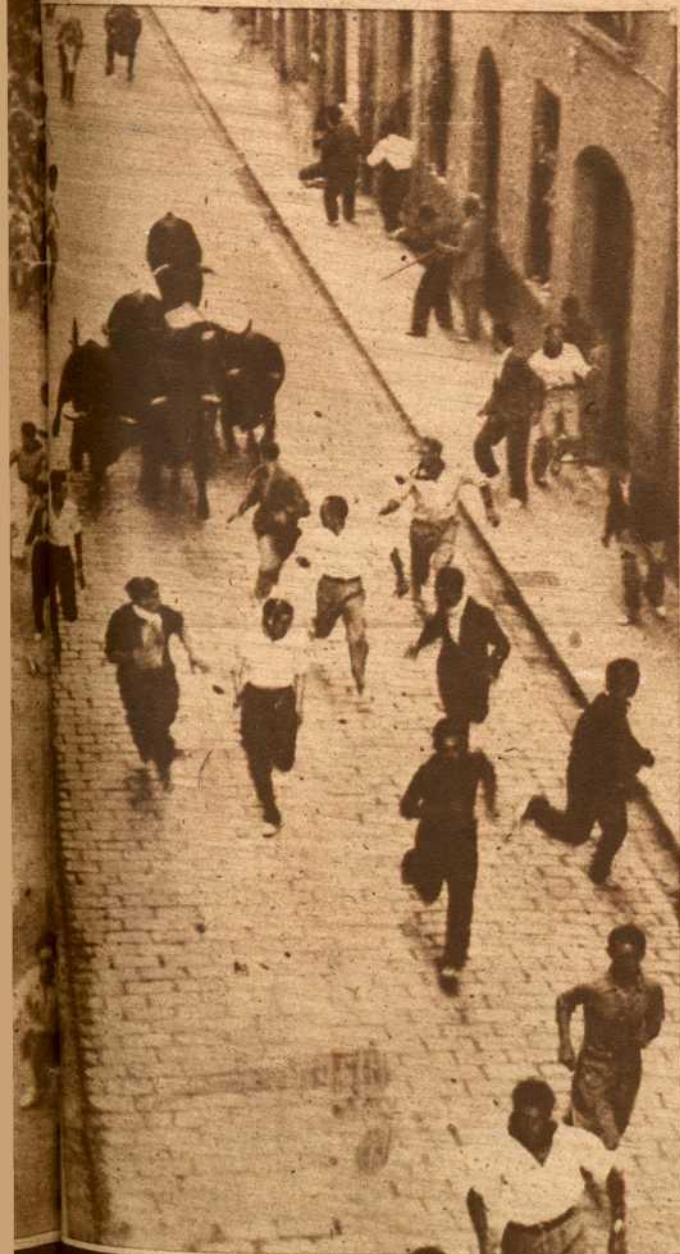


La entrada en la Plaza encierra momentos de emoción que raya en la tragedia. Los toros, encallejados, buscan la salida por encima de los cuerpos de los navarros, que caen apelotonados en la misma boca del portón



Llegan como balas seguidos de los toros, y el ruedo se va llenando de un gentío enorme, que se abre en abanico como un surtidor desde el portón de entrada. Son muchos los que llegan y mucha la angustura del camino. Hay que correr, sin embargo, sea como sea, para evitar el pisotón como mal menor, ya que puede ser la cornada de cualquiera de los toros que huyen alocados hacia no saben dónde. Pero, no obstante, esta puerta, que en la foto aun aparece despejada, poco a poco se irá llenando de cuerpos caídos, que estoicamente aguantan las tarascadas de los bichos y los pisotones de sus pezuñas. Es enorme la emoción de esos momentos en los que culmina fiesta tan arraigada en la tradición del alma navarra

BALSAMO HAZUL
Unguento antiséptico para accidentes y enfermedades de la Piel
 QUIMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS
 Venta en Farmacias
 (Autorizado por la Censura Sanitaria)



Y el toro llega a distancias inverosímiles, y si no cornea es porque huye desprovisto de algo para el inaudito e inesperado.

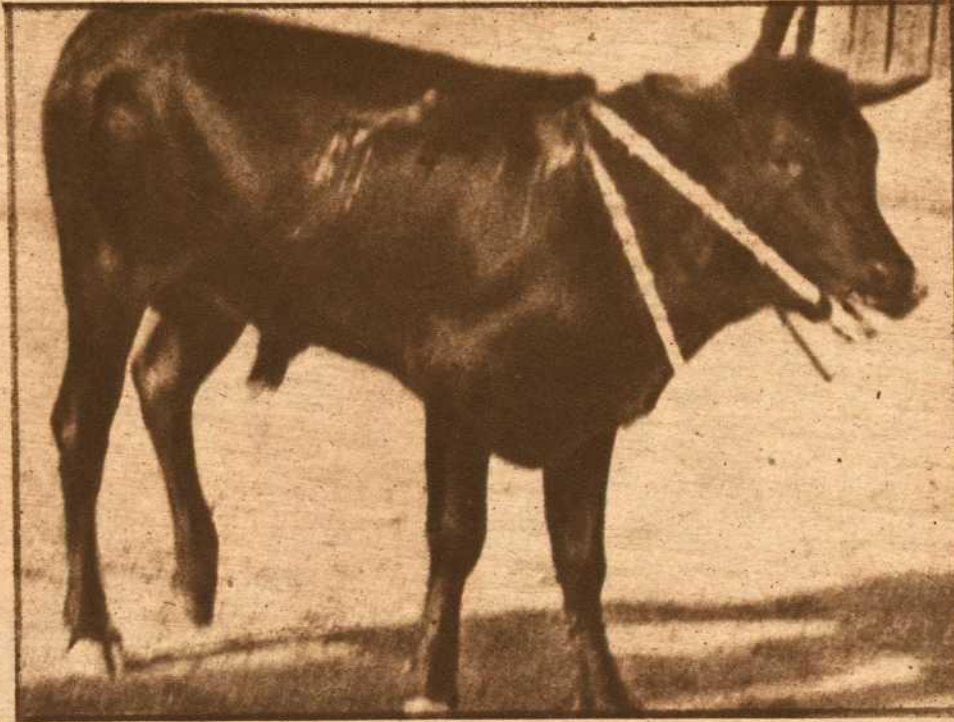
DIALOGO CON CAMPERITO

EN EL JUSTO MEDIO RESIDE LA VIRTUD

Por JOSE SIMON VALDIVIELSO

Mi amigo, el ganadero de reses bravas, me había invitado a pasar unos días de reposo en su cortijada, y yo me aficioné a la contemplación de los cornúpetos — por muchas razones filológicas que la abonen, «se me atraviesa» esa innovación que hace escribir «el cornúpeto», y que tiene una fonética abominable de concordancia vizcaína — pastando pacíficamente en el cerrado. Durante uno de mis paseos por la dehesa, tropecé un día con un ejemplar de becerrote, dos hierbas a lo sumo, que echado sobre el verde, florecido de margaritas y ababoles, descansaba, apartado de los demás, con una expresión casi humana de preocupación melancólica.

«Cualquiera diría — comenté en alta voz — que este pobre novillo está perpetrando un romance para unas estampas de folklore andaluz o de vana laboriosamente un complicado pensamiento filosófico. Y entonces se produjo lo sorprendente, porque, como en las fábulas de Esopo, el animal habló. (Claro que desde Esopo a nuestros días esa maravilla se ha generalizado bastante y hoy son ya muchos los animales que hablan. Y hay algunos ¡que escriben!)



—¿No hay algo de exageración en eso, Camperito?

—Le aseguro que no. Apenas hemos comenzado a vivir y a rumiar los primeros consejos maternos, sin dejarnos oportunidad de enriquecer esos parvos conocimientos con algunas experiencias directas, se nos encajona y ¡halala! a los ruidos a hacer el ridículo, ¡que eso es lo que me irrita! Porque no es culpa nuestra: por que eso es como si a un niño recién salido de la escuela primaria se le obligase a examinarse del doctorado de Ciencias. ¿No iba a hacer el ridículo el angelito? Pues algo así es lo que está ocurriendo con los de mi casta.

—Sigo pensando que exageras bastante.

—¿Que exagero? ¿Quiere usted que le cite unas cuantas corridas de toros, ¡de toros!, en las que se han lidiado algunas reses con menos de tres años de edad y 190 kilos de peso?

—No sé... Quizá tengas razón... Pero de todas formas...

—Ya sé lo que me va usted a decir: «Que el toro de ahora, etc., etc., etc...» Ahórrrese el tópico. Demasiado sé yo que para este toro «preciosista» el toro cinqueño con más de treinta arrobas sobre el lomo no es «potable». Pero, vamos, que entre aquello y esto se puede encontrar un término medio decoroso. *In medio virtus...*

—¿Latín también?

—Y caldeo y sánserito!

—Pues como se divulgue tu sapiencia, te morirás de viejo en el cerrado. ¡Digo! ¡Con el «respeto» que le tienen los lidiadores a los toros que «saben latín»!

—¿A los toros! Pero los becerotes, aunque sepan de añadidura álgebra y trigonometría, no les producimos la menor inquietud. Y como, además, ¡y por si las moscas!, está el de tanda para hacernos pupa...

—En fin, Camperito, resignación. ¡Son los tiempos!

—Sí, sí, en efecto, son los tiempos. Pero no me negará usted que es muy triste.

Y como me lo dijo con cierto airecillo retador, me apresuré a tranquilizarle.

—¿Yo, qué te voy a negar, Camperito!

CABALLERO, le agradezco a usted muy de veras que me llame novillo; pero, en aras de la verdad y la justicia, me veo precisado a rehusar modestamente la halagadora denominación. Yo soy becerro, ¡y gracias! Pero no crea usted que me choca. Compañeros de promoción he visto anunciados, no ya como novillos, sino como toros en algunos carteles de feria.

—¿Caray! Pero, ¿tú hablas?

—Tal se están poniendo las cosas, que no hay manera de limitarse al clásico mugido. ¡A las piedras les harían hablar!

—Pues bien: ya que disfrutas de ese divino don de la palabra, charlaremos un rato.

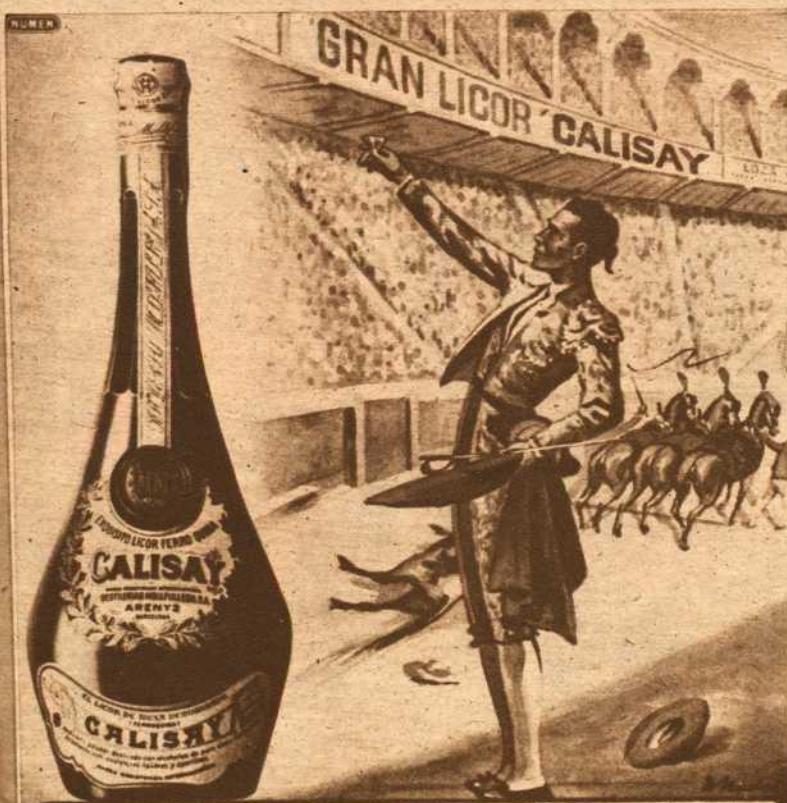
—Nada más de mi gusto. Y permítame usted que antes de proseguir este coloquio me presente. Me llaman Camperito; desde mi nacimiento es éste el segundo año que pasto; obtuve buena nota en mis exámenes de tentadero, y... ¡ay!, me temo con sobrado fundamento que antes de mucho me verá obligado a revalidar ante el público el buen concepto que merecí entonces.

—Querido Camperito, ¡y eso te entristece?

—Naturalmente. ¡No crea usted que es miedo!... —aquí alzó la cabeza mi colocutor y brilló en su mirada un fulgor homicida que me hizo, por instinto de conservación, dar un prudente paso atrás—. No, no se alarme, que yo sé comportarme correctamente y no me arranco sino donde y cuando es mi obligación hacerlo. Le repito que mi melancolía no la produce el temor a la lucha. Llevo en mi sangre incontentible ardor combativo y la perspectiva de la muerte no me aflige en absoluto. Lo que me apena es que se me fuerce a pelear en condiciones de inferioridad; cuando no haya llegado a la plenitud de mi fuerza; cuando mi instinto, desarrollado de manera incompleta, me ponga «demasiado a merced» de mi adversario...

—Entonces, a ti lo que te disgusta es que te obliguen a actuar de «toro precoz».

—Exactamente! Cuando las circunstancias de la guerra obligan a un país a reclutar quintas de adolescentes, se producen manifestaciones de protesta. Imagínese usted qué ocurriría si reclutasen quintas de párvulos, que es, justamente, lo que ahora se está haciendo con nosotros.



DESPUÉS DE UNA GRAN FAENA EN LA QUE DERROCHÓ ARTE Y VALOR, BRINDA A LA CONCURRENCIA CON EL FAMOSO LICOR

CALISAY

UNOS TANTO Y OTROS TAN POCO...

Novecientas pesetas cobró la viuda de Moreno de San Bernardo, por la corrida de Valdepeñas



Moreno de San Bernardo, en una tarde triunfal, saluda al público que le aclama

HABÍAN pasado ya las horas de las ilusiones para José Vergara.

El tuvo su sueño una noche de mayo sevillana, cuando entre las sombras escondió su figura de niño, que huía presuroso por el barrio de San Bernardo llevando prendido en su corazón de mozo su sueño de gloria y en su frente la humedad de un beso maternal.

Una copla, casi un rezo, cortando vibrante el silencio. El chiquillo presuroso, resbalaba por el empinado. Miraba a su alrededor y todo estaba inmóvil...

Quince años tenía José Vergara cuando su cuerpo feble se perdía entre las sombras. Llevaba entonces prendido un sueño tenue...

Luego, muchas veces, en su hogar de Cuatro Caminos, pensaría que la vida le había arrebatado sus ilusiones. De pueblo en pueblo, de capea en capea...; aquí hambre; pena; allá un sollozo que apagaba el silencio. Cuántas horas desgarrando reves, sobre el polvo de un camino sin nombre y por el que nunca llegaría a lo que él mismo se había jurado alcanzar: la gloria.

Así andando, cayendo, con hambre, con sed toda su vida azarosa. Un día llegó a Madrid José Vergara. Para entonces era ya Moreno de San Bernardo, un novillero que seguía haciendo una virtud de la esperanza.

Y en Madrid nació su idilio. Quizá la única alegría de la vida la recibió con el amor de Margarita Lafuente. El ya estaba cansado porque todo para él era amargura. El amor le devolvió a la vida... y el amor no le dejó desfallecer en su camino. Fundó un hogar, muy pequeñito, entre Tetuán y Cuatro Caminos. Allí vivía sus mejores horas. Más tarde una niña hacía sonreír al hombre que no había tenido tiempo para alegrarse. Moreno de San Bernardo seguía toreando por los pueblos y trabajaba como albañil. El hogar de Cuatro Caminos le esperaba siempre. Y él siempre llegaba...

Menos el domingo 17 de junio... En la Plaza de Valdepeñas caía su cuerpo joven. El sábado, Margarita, le había dicho casi en un sollozo:

—Ten cuidado, Pepe. Ten cuidado.

El lunes...

El infortunado novillero toreaba por tercera vez en esta temporada

Margarita Lafuente lloraba sobre el cuerpo de José Vergara.

El sueño de Moreno de San Bernardo quedaba ya inmóvil para siempre.

Una nota sencilla, como un epitafio su nombre. Giraba todo tan velozmente a esa hora que Moreno de San Bernardo se llevó tan sólo unas líneas para hablarnos de su vida truncada.

El era un novillero modesto. Y el oro de sus caireles estaban tan apagados, que donde antes vibró una vida quedó arrojado un silencio. Un silencio terrible que no tiene nombre. Sólo Parrita, que le cerca había visto la muerte, se acordó que Moreno de San Bernardo era también torero. Y Margarita Lafuente recibió un telegrama... ¡El único!

Yo no sé qué es lo que acongoja tanto en el silencio de este cuarto de la calle de Alonso Castrillo. No hay ruidos en la calzada. Los pasos de las vecinas son tan leves que más bien parece que no quieren despertar de su sueño a esta pobre mujer que solloza sola, tendida su figura negra en la cama, pensando angustiada que él no puede volver ya...

—¡Se marchó para siempre, señor...! ¡Se marchó para siempre!

Casi es un grito su sollozo. Y su mano va desgarrando un pañuelo que ya no le sirve para secarse sus lágrimas, porque ha llorado tanto...

Recordaré siempre la humildad de este cuadro sencillo, donde también una mujer sencilla empezaba a ser rebelde con su desgracia. Sus palabras brotaban en un balbuceo pensoso.

—No me lo querían decir... ¡Me mintieron! —me dice ahogando un sollozo—. El domingo por la tarde me llamó Fernando, su banderillero. Me dijo que no le pasaba nada, que sólo tenía un puntazo en la pierna derecha y que el lunes regresaban todos a Madrid. Yo lo creí... Y el lunes, yo no sé por qué, bajé muy pronto a la estación... Faltaban dos horas para la llegada del tren. ¡Qué impaciencia tenía, señor; qué impaciencia...!

Se quebró su voz por un momento y cuando habló de nuevo, sus palabras tenían una angustia infinita.

—Llegó el tren... pero él no llegó. Pero yo no podía creer nada aún. Me extrañó... Es que yo no quería pensar... No quiero pensar que Pepe ya no volverá más!

La hemos consolado.

—Regresé como loca a casa —siguió diciéndome— y me encontré que Fernando, el banderillero, me estaba esperando. Creo que le empujé, al sujetarle por los hombros...

¡Dime, dime! ¡Por qué no ha venido también Pepe...! Fernando, al principio, no pudo contestarme... El lo sabía ya, pero quería hacerse fuerte y me mintió, señor. ¡Me mintió! Me dijo que mi marido tenía una cogida, pero que no debía asustarme... ¡No es grave, mujer; no es grave, Margarita! Ahora sé por qué se llevó su pañuelo a los ojos y por qué escapó casi corriendo. Luego las vecinas me consolaron y al fin pudieron tranquilizarme. Yo quería marcharme a Valdepeñas para estar a su lado... No necesitaba ni dinero, ni billete... Quería ir andando, como una vez que le cogió un toro en un pueblecito y para llegar a él tuve que andar más de veinte kilómetros a pie... No me importaba nada.

Su hermana, que está sentada al borde de la cama, la besa en silencio.

—Cálmate, Margarita... Cálmate.

Pero la viuda de José Vergara está asustada del silencio...

—Pero ya por la tarde —continúa— ya no pude contenerme más y llamé al hospital. Me preguntaron quién era y yo les mentí. Les dije que era la hermana de Moreno de San Bernardo, y...

La hermana le abraza.

—Cálmate, Margarita... Cálmate.

Pero Margarita Lafuente siente florecer en su alma su pena infinita.

—¡Y me lo dijeron, señor...!

Sus manos se han crispado en la colcha con dolor y su cuerpo se estremece en un sollozo...

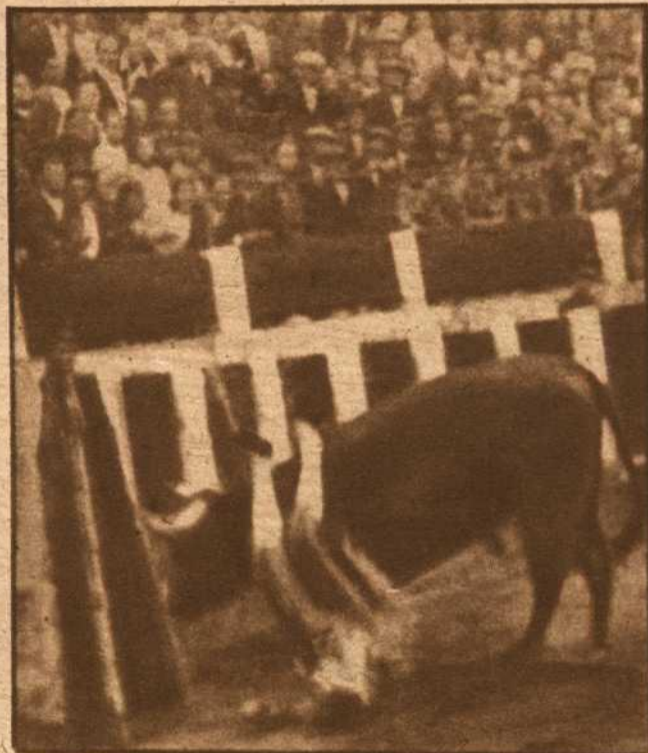
Nos hemos levantado y casi de puntillas, para no hacer ruido, dejámos la habitación humilde. Cerca de la puerta, su voz nos retuvo.

—No se marchen ustedes—nos rogó.

Sus ojos temblaron pensando en la soledad... En lo sola



El infortunado torero, paseado en hombros por el público, en uno de los pueblos a donde le llevaban sus ilusiones de triunfo



Momento de ser cogido mortalmente el modesto novillero, en la Plaza de toros de Valdepeñas

que estaba en aquella habitación enclaustrada, que antes dió techo y amor a un hombre bueno.

Nos marchamos a Valdepeñas el mismo lunes por la tarde y llegué para verlo en él...

Regresó Margarita Lafuente a Madrid, a su hogar de Cuatro Caminos, con su pena inmensa. En el bolsillo traía unos billetes que el mozo de espaldas le entregó con apresuramientos. Eran novecientas pesetas... El precio de la vida de Moreno de San Bernardo. O el precio con el que había comprado su muerte.

Atrás quedaba ya el hogar... Una mujer estremecida en sollozos, pensando en él y en su hija Carmencita, que en un pueblecito de Avila no sabía aún que su padre no podría besarla más. Nueve años que, quizá hoy, conozcan ya el dolor.

Y muy pronto la angustia de un hogar sin recursos económicos. Porque la gran tragedia de la muerte de Moreno de San Bernardo es el total desamparo en que deja a su mujer y a su hija. No quiero imaginarme nada. Pero todo nuestro ser se rebela... Y EL RUEDO, que nunca pidió nada para él... esta vez pide caridad para la desventura de este hogar de un torero modestísimo que cayó para siempre en la Plaza de Valdepeñas.

EL JUEVES, EN PALMA DE MALLORCA

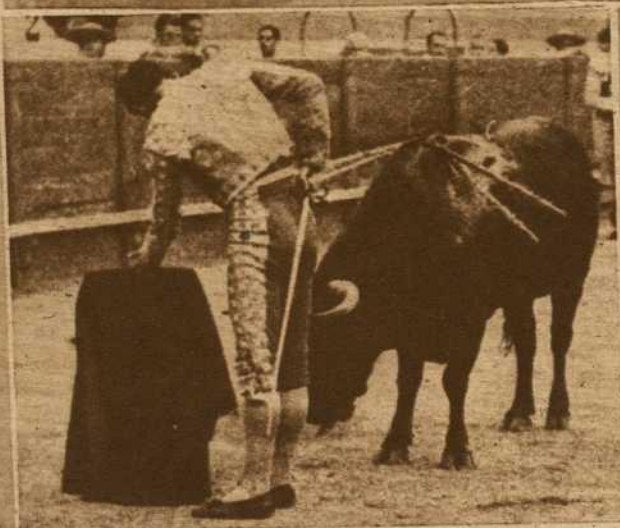
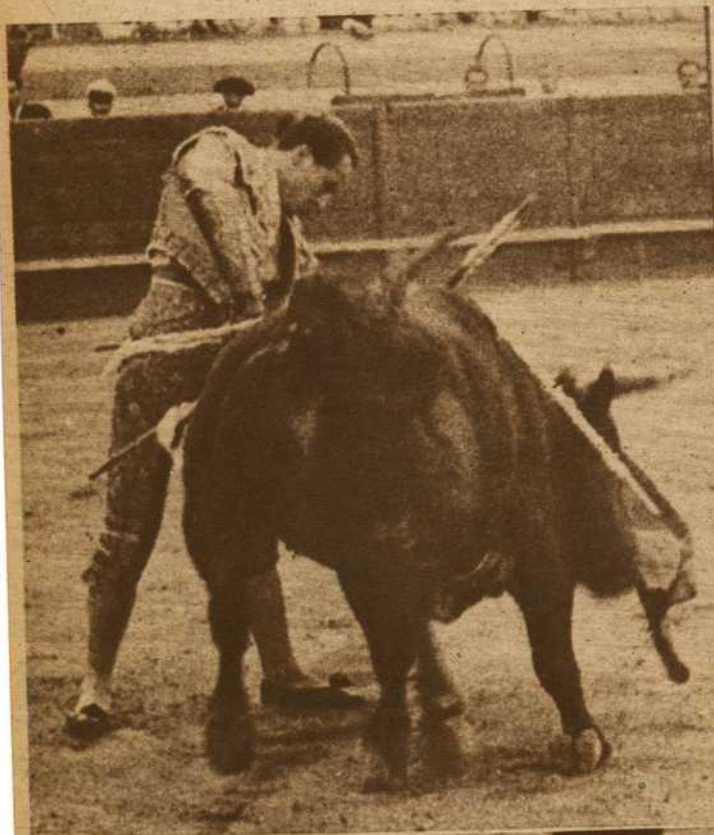
Toros de DOMINGO ORTEGA PERICAS, ARRUZA y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



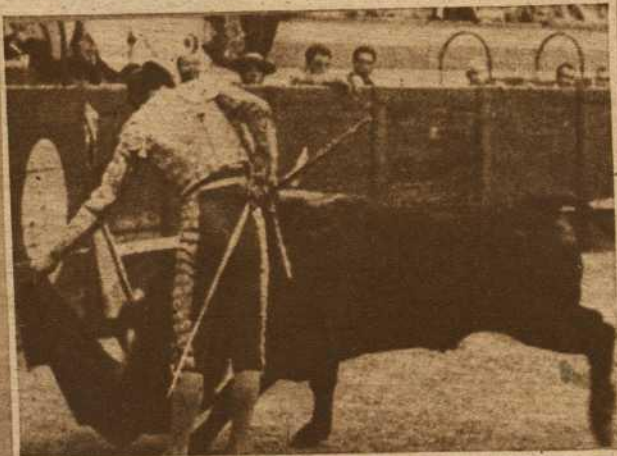
Pericás en un pase por bajo



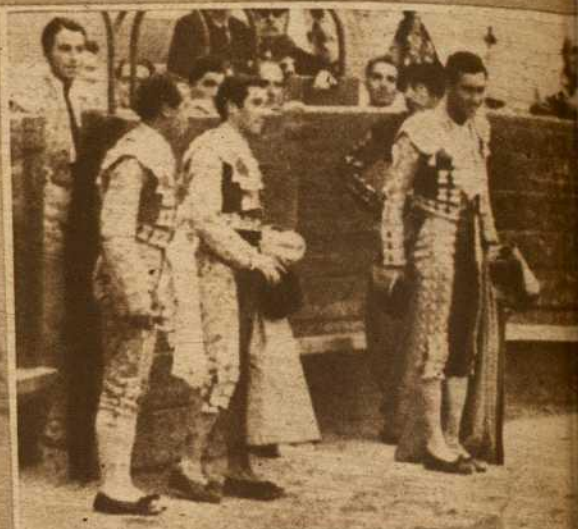
Pericás toreando de rodillas. Abajo: otro momento de la faena de muleta de Jaime



Arruza citando con la izquierda al natural



Dos momentos de la faena del mejicano



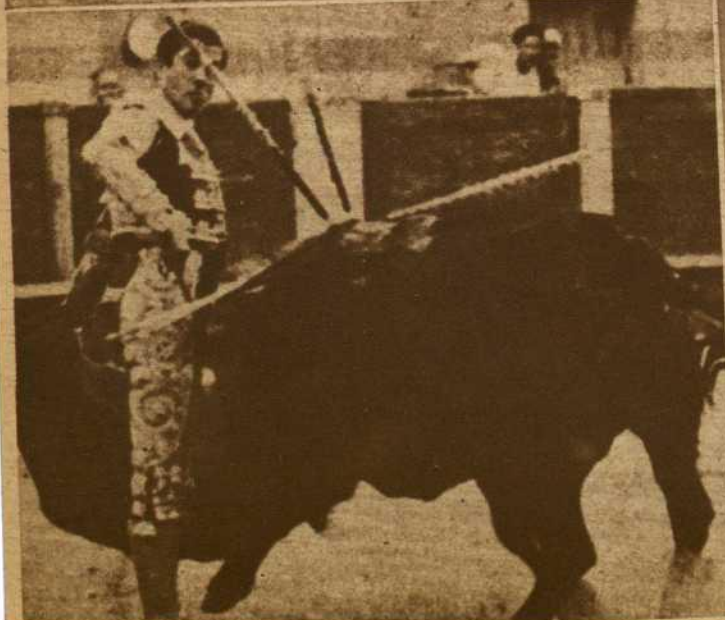
Los tres matadores saludan al público, que los aclama



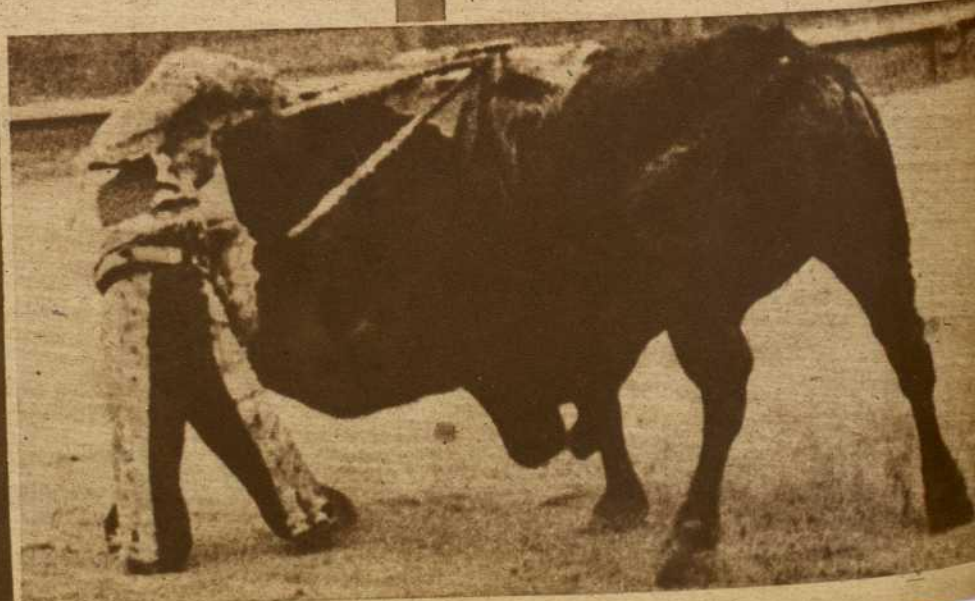
Cogida de Pepin Martín Vázquez



Arruza con el rabo y pata que cortó



Pepin Martín Vázquez, que cortó, como los otros matadores, oreja, dando un natural sin mirar al toro. A la derecha: Un afarolado de rodillas del mismo toreiro (Fotos Valls)





Entre cuero y carne
(Dibujo de Perea.)



Toreras célebres: Dolores Sánchez, La Fragosa
(Dibujo de Enrique Segura.)